1452

EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

UN ESTUDIANTE DE SALAMANCA,

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

MADRID:
OFICINAS: PEZ, 40, 2.°
1867.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quiere las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Aventuras imperiales.
Achaques matrimoniales.
Andarse por las ramas.
A pan y agua.
Al Africa.
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*.
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.
Bien vengas mal si vienes solo.
Bondades y desventuras.
Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Como se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Carnioli
Candidito.
Caprichos del corazon.
Con canas y polleando.
Culpa y castigo.
Crisis matrimonial.
Cristóbal Colon.
Corregir al que yerra.
Clementina.
Con la música á otra parte.
Cara y cruz.
Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...
D. José, Pepe y Pepito.
Dos mirlos blancos.
Deudas de la honra.
De la mano á la boca.
Doble emboscada.
El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filantropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el mirlinaque.
¡Es una maiva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El oncino no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey García.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español en las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.
El último pichon.
El literato por fuerza.
El alma en un hilo.
El alcalde de Pedroñeras.
Egoismo y honradez.
El honor de la familia.
El hijo del ahorcado.
El dinero.
El jorobado.
El Diablo.
El Arte de ser feliz.
El que no la corre antes...
El loco por fuerza.
El soplo del diablo.
El pastelero de Paris.
Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
Francisco Pizarro.
Fé en Dios.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el r
Genio y figura.
Historia china.
Hacer cuenta sin la h
Herencia de lágrimas
Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes
Isabel de Medicis
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.
Intrigas de tocador.
Ilusiones de la vida.
Jaime el Barbudo.
Juan Sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los nerviosos.
Los amantes de Chir
Lo mejor de los dado
Los dos sargentos es
Los dos inseparables
La pesadilla de un c
La hija del rey Reno
Los extremos.
Los dedos huespedes
Los éxtasis.
La posdata de una ca
La mosquita muerta
La hidrofobia.
La cuenta del zapate
Los quid pro quos.
La Torre de Londres
Los amantes de Teru
La verdad en el espe
La banda de la Cond
La esposa de Saucho
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Dil
La gloria del arte.
La Gitanilla de Mad
La Madre de San Fe
Las flores de Don Ju
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria
La bolsa y el bolsill
La libertad de Flore
La Archiduquesita.
La escuela de los an
La escuela de los pe
La escala del poder
Las cuatro estacion
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la
La ninfa Iris.
La dicha en el bien
La mujer del pueblo
Las bodas de Camac
La cruz del misterio
Los pobres de Madr
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castil
La calle de la Mont
Los pecados de los p
Los infieles.
Los moros del Riff.

UN ESTUDIANTE DE SALAMANCA.

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/unestudiantedesa485oudr

UN ESTUDIANTE DE SALAMANCA,

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

ORIGINAL DE

DON LUIS RIVERA,

PUESTA EN MUSICA POR EL MAESTRO

DON CRISTÓBAL OUDRID.

Estrenada con notable aplauso en el teatro de la Zarzuela, en la noche del 4 de Diciembre de 1867.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1867.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA LUZ.....	SRA. ZAMACOIS.
BLANCA.....	SRA. RIVAS.
BEREMUNDA.....	SRA. CUSTODIO.
DON JUAN.....	SR. SANZ.
GIL.....	SR. CALTAÑAZOR.
EL CORREGIDOR.....	SR. CALVET.
EL DUQUE DE VISEO..	SR. ESCRIU.
RAMIRO, labrador, padre de Blanca.....	SR. ROCHEL.
BELTRAN, criado del Corregidor.....	N. N.

Estudiantes, alguaciles, aldeanos.

Siglo XVII.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de ultramar, ni en los paises con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerias Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo,* son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa del Corregidor; puertas al fondo; á la derecha del actor, en primer término, un balcon; en segundo, puerta del cuarto del portugués; á la izquierda, en primer término, puerta de la habitacion de Doña Luz, en segundo, otra puerta.

ESCENA PRIMERA.

EI CORREGIDOR, La RONDA DE ALGUACILES.

MUSICA.

CORO. Al momento ejecutadas
vuestras órdenes serán;
disponed lo que os agrade,
que la noche viene ya.

COR. Ni una mosca en Salamanca
á moverse acertará,
sin que el bando ministril
parte dé á la autoridad.

CORO. Muy bien está.

COR. Oid, atended! (Levantándose.)

CORO. Podeis hablar.

(Los Alguaciles rodean al Corregidor, deseando escuchar sus órdenes.)

—

COR. La estudiantina en Salamanca

357065

trae un belen,
á que es preciso poner coto...

CORO. (Interrumpiendo con viveza.)
¡Muy bien, muy bien!

COR. Yo no consiento serenatas
ni bailes ya,
que siempre acaban por trompazos...

CORO. (Interrumpiendo.)
¡Cabal, cabal!

COR. Desde que suene la retreta
no ha de salir
nadie á la calle; todos deben...

CORO. (Id.) ¡Dormir, dormir!

COR. Al que se encuentre sin el pase
por la ciudad,
cogedlo al punto y pague multa...

CORO. (Id.) ¡Se hará, se hará!

COR. Así podrá la estudiantina
vivir en paz.
Nadie se olvide de lo dicho...

CORO. ¡Muy bien, cabal, dormir se hará!

ESCENA II.

DICHOS, DOÑA LUZ y BEREMUNDA, con mantos.

COR. (Á Luz.)
¿Dónde vas?

LUZ. Voy al rosario;
Beremunda me acompaña...

BEREM. En San Roque, que está enfrente...

COR. Así que se acabe, á casa.
Y no olvides que esta noche
llega el novio á Salamanca.

LUZ. Ya lo sé.

COR. En la iglesia, juicio;
siempre la vista en el ara...

BEREM. La pobrecita no mira
á ninguno.

COR. Eso me agrada.

LUZ. (Nada más que al estudiante,
que de fijo allí me aguarda.)

—

BEREM. Siempre rezando,
ni oye ni ve;
solo en Dios piensa...
CORO. ¡Qué candidez!

Á UN TIEMPO.

LUZ. (Así las cuentas
más de una vez
de mi rosario
equivoqué!
Cuando nos mira
algun doncel,
difícilmente
se cuenta bien.)
BEREM. (Reza la niña
con tanta fe,
que yo no encuentro
qué reprender.
En la doctrina
estudia el bien,
y tiene al prójimo
mucho interés.)
COR. (Mientras se case
la he de tener
muy vigilada
para su bien.
Aunque es tan buena,
no olvidaré
que antes que santa
nació mujer.)
CORO. (¡Qué desengaños
suelen traer,
estas que rezan
con tanta fe!
Echan á veces
en su doblez,
un ojo á Cristo
y otro al doncel.)

(Doña Luz y Beremunda se van por el fondo.)

ESCENA III.

DICHOS, ménos DOÑA LUZ y BEREMUNDA.

HABLADO.

COR. Á aquellos que se desborden,
encerradlos al momento;
el órden es mi elemento,
yo soy defensor del órden.
Extranjero ó español
que en Salamanca se halle,
no me ha de andar por la calle
sin su pase y su farol.
De noche he de conseguir
la quietud más ejemplar;
el estudiante, á estudiar;
el artesano, á dormir.
¡Nada á vuestro ojo se esconda
de cuanto ataña al asunto;
que no quede un solo punto
sin que lo ronde la ronda!
(Vánse los Alguaciles.)

ESCENA IV.

El CORREGIDOR, BELTRAN, criado, que saca luces.

BELT. (Dejando las luces sobre una mesa.)
¡Buenas noches nos dé Dios!
COR. ¡Santas y buenas, Beltran!
BELT. Las oraciones estan
dando en el Cármen. ¿Y vos,
salis?
COR. Sí; sabes que espero
gente en casa.
BELT. El portugués.
COR. Ese es uno, el otro es
el hermano de Luz.
BELT. Pero,
¿no está en Italia?

COR. Allí está;
mas le escribí, cosa llana,
como se casa su hermana,
le obligo á que venga...

BELT. ¡Ya!

COR. Capitan y bien nacido,
se alegrará, por quien soy,
al considerar que doy
á su hermana buen marido.

BELT. (Con tono despreciativo.)
Sí; marido portugués.

COR. ¿Y eso, qué importa, bolonio?
—Mira, en este matrimonio
tengo el mayor interés.

BELT. Así vuestro afan me explico.

COR. Aunque nobleza le sobre,
Beltran, mi pupila es pobre,
y le doy esposo rico.
Esta noche llegará
á Salamanca. Tú cuida
de que esté muy bien servida
su habitacion.

BELT. Estará.
(Váse por el fondo el Corregidor.)

ESCENA V.

BELTRAN.

Ya su cuarto preparé...
¡buen trastorno es una boda!
Así anda la casa toda...
nada hay que en su sitio esté.
(Se va por la segunda puerta izquierda del actor.)

ESCENA VI.

DOÑA LUZ, BEREMUNDA, cubiertas con los mantos. D. JUAN, en traje de estudiante, siguiéndolas.

LUZ. (Desde la puerta, á D. Juan, que la sigue.)
Hidalgo, no puedo oiros;

de aquí no habeis de pasar.

JUAN. Pues, señora, yo he de entrar;
me lo propuse al seguiros.
Ansias, congojas, suspiros,
por bella os rinden la palma;
y cuando os sigo sin calma,
¿juzgais posible siquiera
que se quede el cuerpo fuera,
cuando hasta aquí se entra el alma?

LUZ. (Adelantándose.)
¿No oyes esto, Beremunda?

BEREM. (Santiguándose.)
¡Atrevido es el doncel!
¡Que el cielo nos libre de él!

JUAN. (¡Que el cielo á tí te confunda!)
Pero abreviemos: profunda,
doña Luz, es mi pasion;
os ví un dia en el balcon,
¡ojalá que nunca os viera!
pues que por la vez primera
sentí herido el corazon.
Doña Luz, yo era feliz
sin conocer el amor,
pero vuestro resplandor
me hizo humillar la cerviz.
De un estudiante infeliz
mirad la estampa elocuente;
aunque vos sois *luz* ardiente,
yo, que á vuestras plantas llego,
si quereis viviré ciego
sin más *luz* que la presente.
Ciego os amo, ciego os sigo,
ciego desde que os miré,
señora mia, quedé,
y mi desdicha bendigo.
En mi ceguedad prosigo
y amante culto os prometo,
pues sois ángel que respeto,
y yo pecador que os hablo...

BEREM. Pero... (Interrumpiéndole.)

JUAN. (Mirando á Beremunda y cambiando de tono.)
Y la dueña es el diablo,

mirad que el cuadro es completo.

LUZ. Desenvuelto y atrevido,
estudiante ó caballero,
sin permiso del casero
hasta aquí os habeis metido.
Pero que salgais os pido
sin pasar más adelante;
con vuestro marcial talante
de otras damas id en pos...
Conque así, que os guarde Dios,
caballero ó estudiante.

JUAN. Ya sabeis que en mis antojos,
señora del manto negro,
con vuestra vista me alegro,
vuestra ausencia me da enojos.
La admiracion de mis ojos
os demuestra bien mi encanto,
mas si os he ofendido tanto,
¿cómo quereis que me aleje
y airada contra mí os deje,
señora del negro manto?

LUZ. Ved que mi reputacion
comprometeis.

JUAN. No haré tal.
Al que de ella hablare mal
le arrancaré el corazon.

LUZ. Tan extraña situacion
abreviemos.

JUAN. Abreviemos.

LUZ. ¡Salid, pues!

JUAN. Porque quedemos
entendidos desde aquí,
decid que me amais, y así
se concilian los extremos.
Quedando, sin más temores,
vos en casa y yo allá fuera,
esperando la primera
ocasion de mis amores.
Del alba los resplandores
vertiendo luz y alegria,
hallarán al alma mia
puesta en cuita veladora

por si salis vos, señora,
que al salir vos nace el dia.

ESCENA VII.

DICHOS, GIL, tambien de estudiante, que entra precipitadamente por el fondo.

GIL. ¡Aprisa! Por la escalera
sube ya el Corregidor.
LUZ. ¡Salid! (Á D. Juan.)
GIL. (Deteniéndole.) No salgas, señor,
que lo toparás ahí fuera.
JUAN. (Con resolucion.)
Pues aquí le esperaré.
LUZ. ¿Mas, mi opinion no mirais?
JUAN. Haré lo que vos querais.
GIL. Y gracias á que quedé
de acecho en la puerta yo,
que si no os sorprende aquí.
LUZ. Haz, Beremunda, por mí
esta gracia.
BEREM. Sucedió
como yo me lo temia.
LUZ. Los ocultarás en casa
en tanto que el riesgo pasa,
atenta al tutor espia,
y así que ocasion te den
hazles salir sin tardanza.
JUAN. ¿Os vais?
LUZ. Sí.
JUAN. ¿Ni una esperanza?
LUZ. ¡Dios os guarde!
(Váse primera puerta izquierda del actor.)
JUAN. ¡Adios!
GIL. ¡Y amen!
(Mirando por el fondo.)
¡Ya sube!
BEREM. Venid, que llega.
(Los conduce por la segunda puerta izquierda del actor. D. Juan pasa primero; Gil se detiene un momento con Beremunda.)

GIL. Y dígame aparte, hermana,
¿adónde nuestra sotana
va á esconderse?

BEREM. Á la bodega.

GIL. ¡Oh! magnífico salon!
Allí habrá, ya lo adivino,
pinturas de arrope y vino
y arabescos de jamon.
¡Cómo mi nariz se abisma
en su atmósfera fecunda!
¡Vé delante, Beremunda,
corre ó te rompo la crisma!

ESCENA VIII.

El CORREGIDOR, el DUQUE DE VISEO, vestido con lujo, pero exageradamente. Mozos con equipaje.

COR. Entrad, señor Duque, entrad,
bien venido á Salamanca
un portugués tan fidalgo.

DUQUE. (Con acento portugués muy pronunciado.)
Tenia de chegar ganas.
Meu pae, duque soberano
de Viseu, aquí me manda
porque vosa señoria
con un casamento trata
de unir duas nobres familias,
as de Viseu é Peñaranda.

COR. Justo. (Á los mozos.) Llevad su equipaje
á su habitacion. (Al Duque.) Me encanta
vuestro porte!

DUQUE. (Muy grave.) Eu no encanto,
señor, mas que á las muchachas.
Disen que las españolas
son bellas: eu teño graza
natural é temo muito
que me anden detrás as damas.
Cuando eu estive en Lisboa
á besar as regias prantas
do noso rey... Pero, diga,
¿non chegou hasta aquí la fama

de Lisboa?

COR. ¿De Lisboa?
Sí tal: el Tajo la baña,
es grande, tiene un palacio
real magnífico que llaman
de... de las Necesidades.

DUQUE. ¡Lisboa! (Hace un gesto para ponderar.)
No bien la planta
puse nella, que llovieron
sobre min citas y cartas.
Ya una soltera sensíbel,
ya una inocente casada,
todas prendadas de min,
ni descansar me dejaban.
Os homes me aborrecian,
é por deixar bien mi fama,
maté mais de cien fidalgos
en tres dias.

COR. ¡Pues no mata
mas la fiebre!

DUQUE. Era forzoso
en vista de estas fazañas
que abandonara la córte.
Pero ¡ay, señor, que al deixarla,
tanto choraron por min
las hermosas, que sus lágrimas
aumentaron la corrente
do Tajo mais de duas varas!

COR. (Pues pudiera ser negocio
si á un molino se aplicaran.)
Señor Duque, lo que quiero
es que useis de vuestra gracia
para hacer que mi pupila
os ame de veras.

DUQUE. ¡Vaya!
Ó señor non me conoce:
sin rendirse las muchachas
no pueden ver ó meu garbo.

COR. Doña Luz es algo rara;
su rango es de los más altos
de Castilla; y el monarca,
cuando su padre y mi amigo

murió, tutor de esta dama
me nombró, pues no tenia
parentela más cercana.
Su hermano, que es capitan,
sigue la guerra en Italia;
yo le he llamado á la boda,
como es justo, de su hermana;
si su aprobacion nos da,
en cuanto él llegue se os casa,
pues no dudo, señor Duque,
que apruebe esta union.

DUQUE. Non falla.
Doña Luz es en Castella
de la nobresa mais alta,
ben: en Portugal, conmigo,
ni aun se miden los Braganzas.
Esta boda es pois precisa
para entroncar as duas razas.
Estou ya deseando verla...

COR. Esperad, voy á llamarla.

DUQUE. Antes compondrei meu traje.

COR. Pues venid donde os aguarda
el cuarto que os he dispuesto.

DUQUE. Depois falaré á esa dama.

ESCENA IX.

D. JUAN, GIL.

JUAN. ¿Has escuchado?

GIL. ¡Pues no!

JUAN. La quieren casar.

GIL. La casan.

JUAN. No en mis dias.

GIL. Pero pueden
en tus noches; verbi gracia,
en esta: si pronto llega
el hermanito y preparan
la capilla, el portugués,
se chupa la breva.

JUAN. ¡Calla!
Antes que perder á Luz,

prendo fuego á Salamanca.
Sígueme.

GIL. Te sigo. (Salen y vuelven.)

JUAN. En vano.

GIL. ¡Si está la puerta cerrada!

JUAN. Ello es preciso salir
cuanto antes de esta casa.

GIL. ¿Para qué?

JUAN. Para volver.

GIL. ¿Para volver?

JUAN. Sin tardanza.

GIL. ¿Pues no vale más quedarnos
en la bodega? Allí nada
nos molesta; allí se vive
en dulce amor y compaña
del vino y los comestibles.

JUAN. Deseo poner en planta
mi plan.

GIL. ¿Tú tienes un plan?

JUAN. Sí por cierto, y con audacia...

GIL. Esa moneda jamás
á los estudiantes falta.

JUAN. Salgamos por el balcon.

GIL. ¿Y si al saltar nos atrapa
la ronda?

JUAN. ¿Y yo, vive Cristo,
no llevo tambien espada?
Ven.

GIL. Arrójate primero,
y espérame abajo.

JUAN. Salta.

GIL. No saltaré sin que tú
estés abajo. (D. Juan salta.)

JUAN. Pues anda.

GIL. (En el proscenio.)
¡Oh, Dios! Despues de llenar
en la bodega la panza,
tener que dar este salto
me hace poquísima gracia.
Dios mio...

JUAN. (Desde abajo.) ¡Gil!

GIL. Haz que vuelvan

á encerrarme en esta casa.

ESCENA X.

DOÑA LUZ, BEREMUNDA.

BEREM. ¡Qué apuro, válgame Dios!
El estudiante encerrado
cuando ya el otro ha llegado
para casarse con vos.
LUZ. Hazlos salir al momento
antes que vuelvan.
BEREM. Ya estoy:
señora, sin alma voy.
LUZ. Y yo sin alma me siento.

ESCENA XI.

DOÑA LUZ.

MUSICA.

ROMANZA.

LUZ. Fugaz ventura
de un bien querido,
del alma pura
hoy te despido.
Si un loco amor
turbó mi paz,
hoy mi pasion
debo olvidar.

—

¡Cuando me hablaba
el estudiante,
cuál palpitada
mi pecho amante!
¡Todo acabó,
suerte infeliz!
Sueño de amor,
huye de mí.

ESCENA XII.

DOÑA LUZ, BEREMUNDA.

HABLADO.

BEREM. Ya sin duda se han marchado,
pues á nadie me encontré.
LUZ. ¿Mas por dónde?
BEREM. No lo sé;
todo el cuarto he registrado,
y no hay nadie.
LUZ. ¡Es imposible!
BEREM. Cuando yo os digo que sí...
Tranquilizaos.
LUZ. (Suspirando.) ¡Ay de mí!
¡Lo que me pasa es horrible!
—Desde mi primera edad
viví sujeta á un tutor,
y hoy que despierto al amor
me falta la libertad.
BEREM. ¿Qué decis?
LUZ. Que mi semblante,
máscara del corazon,
supo ocultar la pasion
que me inspiró el estudiante.
Que mientras fué solo hablar
lo de la boda propuesta,
no conocí lo que cuesta
verse amada y olvidar.
Que tomé por galanteo
su pasion firme y constante,
y hoy el deber, otro amante,
todo aviva mi deseo.
Que ya el portugués llegó,
que su vista me encocora,
que el otro me gusta ahora,
que le quiero y se acabó!
BEREM. Al fin os rindió su talle
y aquella desenvoltura...
¡Válgame Dios, qué locura!
(Suena fuera música.)

¡Hola! Música en la calle,
(Yendo hácia el balcon.)
Por vos será la tocata,
segun lo que alcanzo á oir...

LUZ. ¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

BEREM. Que oigamos la serenata.

MUSICA.

(Se oye dentro la siguiente estudiantina cantada por D. Juan y el coro.)

JUAN. Tras la luz que sigo ciego
se me escapa el corazon,
que he perdido mi sosiego
hoy al pie de tu balcon.
Si el cariño de tu amante
en tu pecho ha de prender,
por tu amor al estudiante
dará un sobo el portugués.

—

Y sin más temor
ya recobra mi pecho la calma,
y el suspiro que sale del alma
te dice de lejos
cantando mi amor.

LUZ.
Si por mí suspira
con amante fé,
tambien este pecho
suspira por él.

DOÑA BEREMUNDA.
Aunque soy más vieja
que Matusalen
cuando oigo estas cosas
bailo de placer.

LUZ. Y con gran dolor
de mi amante por siempre apartada
solo puedo de amor abrasada
decirle de lejos
cantando mi amor.

ESCENA XIII.

DICHAS y el DUQUE, que ha oido el final del canto, se dirige poco á poco y se coloca detrás de Doña Luz y Beremunda, que estarán cerca del balcon.

HABLADO.

LUZ. ¿Has escuchado la letra?
BEREM. ¿No os lo decia?
LUZ. ¡Me adora!
BEREM. Buena se va á armar en casa.
LUZ. ¿Qué hará?
DUQUE. (Gritando.) ¡Reventu de cólera!
LUZ. / BEREM. (Asustadas y separándose del balcon.)
¡Jesus!
DUQUE. (Con galanteria.) ¡Ah, menina, os besa
las plantas miña persona!
Mas perdonad, en Castela
hay un hombre que provoca
á un portugués? ¿y aun está
vivo é sano?... ¡No, que morra!
Eu diré á ese estudiantillo... (Saca la espada.)
LUZ. ¿Qué vais á hacer?
DUQUE. ¡Oh, señora!
¿os asusta mi fiereza?
LUZ. Calmad esa furia loca.
DUQUE. Mataré solo al que viene
á cantaros esas coplas...
LUZ. ¡Oh!
DUQUE. Y á los que le acompañan.
BEREM. (¡Tigre!)
DUQUE. Logo sin demora
volverá este caballero
á vuestras plantas con honra.
(Se dirige al fondo.)

ESCENA XIV.

DICHOS, el CORREGIDOR, que entra muy contento con una carta en la mano.

COR. Señor Duque de Viseo,
dadme albricias.
BEREM. (Esta es otra.)
DUQUE. (Queriéndose desprender del Corregidor.)
Logo, que ahora me precisa
un negocio de alta monta.
COR. ¿Dónde vais?
DUQUE. ¡Á pelear!
COR. ¿Quién este lance ocasiona?
DUQUE. Una gentecilla ruin
que da música á mi noiva...
COR. ¿Y por eso os alarmais?
DUQUE. ¡Pois non!
COR. Costumbre remota
es en Salamanca el dar
serenata á las hermosas.
DUQUE. ¿Es costumbre?
COR. Sí señor.
(Mis alguaciles se portan.)
DUQUE. ¡Las costumbres de Castela
me reventan! Si esas rondas
son permitidas aquí,
yo voy á acabar con todos.
COR. Mirad que los estudiantes
llevan tambien su tizona
bajo el manteo, y pelean
con destreza y valor.
DUQUE. ¡Oigan!
COR. Casi toda es gente noble.
DUQUE. (Cambiando de tono.)
¿Noble? Eso es otra cosa.
Por ser nobles los perdono.
(Envaina la espada.)
COR. Haceis bien: lo que ahora importa
es que sepais que esta carta
me da aviso de la próxima

llegada de don Fadrique.

LUZ. Mi hermano.

COR. Viene á tu boda.
Ya deseo conocerle...
Tal vez no tarde una hora
en llegar... Dí, Luz; ¿qué piensas
de tu futuro?

LUZ. ¿Yo?

COR. ¡Boba!
¿Á qué viene ese rubor?
Vas á ser con él dichosa,
¡no es verdad? (Al Duque.) ¿Y á vos, os gusta
mi pupila?

DUQUE. (Silbando.) ¡Chuif!

COR. (Á Luz.) Te adora.

ESCENA XV.

DICHOS, BELTRAN, luego D. JUAN y GIL, el primero de capitan y el segundo de soldado.

BELT. Don Fadrique y su asistente...

COR. Sin duda han venido en posta.

BELT. Aquí llegan. (Entran D. Juan y Gil.)

COR. (Yendo hácia él.) ¡Don Fadrique!

JUAN. Dadme los brazos. (Se abrazan.)

COR. (Separándose.) Me ahoga.

LUZ. (Ap. á Beremunda.)
¿Beremunda, no es él?

BEREM. (Id.) ¿Quién?

LUZ. El estudiante.

BEREM. ¡Señora,
pues es verdad! (Santiguándose.) ¡En el nombre
del Señor!... ¡Qué trapisonda!

MUSICA.

JUAN. (Turbada se ha quedado,
¿qué diablos pensará?
No sé; si me descubre
el otro pagará.)

LUZ. } (No sé lo que presuma
BEREM. }
de mozo tan audaz,
en grave compromiso
su amor { me / nos } pone ya.)

GIL. (El paso es atrevido,
si se agua la funcion,
saldremos sin remedio
los dos por el balcon.)

COR. } (Por fin llega el hermano
DUQUE. }
la boda á presenciar,
qué importa que otros ronden
si no la han de lograr.)

—

COR. Viene de perlas
vuestra llegada,
aquí presente
suspira un alma
que anhela unirse
con vuestra hermana.

JUAN. (Por el Duque.)
¿Es este mozo?
Muy buena planta.
Venga esa mano.

COR. Mas vuestra hermana
se turbó al veros.

JUAN. No será nada.

COR. ¿No os acercais
á saludarla?
Está ofendida.

JUAN. (Acercándose á doña Luz.)
¿Y por qué causa?

LUZ. (Ap. á D. Juan.)
(Salid ó hablo.)

JUAN. Pues está airada.

COR. Dadle un abrazo.

JUAN. Con toda el alma.
(La abraza: ella se resiste.)

BEREM. (Para no verlo
vuelvo la cara.)

Á UN TIEMPO.

JUAN. Por tí arriesgo, prenda mia, (Ap. á Luz.)
la existencia y el honor,
y mil vidas que tuviera
arriesgara por tu amor.

LUZ. Por tí arriesgo en este instante
el reposo y el honor:
(tan audaz desenvoltura
me cautiva el corazon.)

GIL. (Cuál requiebra á su paloma
en las barbas de los dos.
El amor hace milagros
en la viña del Señor.)

COR.
DUQUE. (Es muy cierto que la niña
con su hermano se enojó,
la mujer es caprichosa,
asi mismo la hizo Dios.)

BEREM. (Luz arriesga en este instante
el reposo y el honor.
Tan audaz desenvoltura
cautivó su corazon.)

—

COR. ¿Te parece que esta noche
el contrato se haga ya
de la boda de tu hermana?

JUAN. No señor.

COR. Eh?

JUAN. Tiempo habrá.

COR. Mi palabra está empeñada.

JUAN. Dejo á Luz en libertad.

COR. Pero el novio...

JUAN. Con el novio
yo me tengo que explicar.

PARA CONJUNTO.

JUAN. (Ayuda, ingenio mio,
la industria en que confio
lograr de mis amores

el dulce galardon;
si adversa la fortuna
me fuere en este instante
en medio de la senda
trazada por mi amor.)

LUZ.
BEREM. } (No auguro nada bueno
por más que esté sereno
y espere confiado
lograr el galardon.
De tan atroz porfía
quisiera el { alma / ama } mia
que el estudiante osado
saliera vencedor.)

GIL. (Ingenio y travesura
colmaron su ventura,
si no le da la novia
alguna desazon.
Si obstáculo imprevisto
nos sale, vive Cristo,
me temo que un julepe
nos cueste la ficcion.)

COR.
DUQUE. } Me irrita la tardanza,
mas tengo la esperanza
de ver que pronto apruebe
la proyectada union.
¡Oh dia de ventura!
La suerte { les / nos } augura
felicidad constante
en brazos del amor.)

HABLADO.

COR. (Á Juan.)
Habeis llegado á buen tiempo.

BELT. (Desde el foro al Corredor.)
Aquí os busca un capitan.

COR. Á mí?

BELT. Á vos.

COR. No puede ser.
BELT. Esperando abajo está.
JUAN. (¡El hermano... el trueno gordo!)
GIL. (El hermano... Satanás!)
COR. Voy á ver...
JUAN. (Deteniéndolo.) Es cosa mia:
ese jóven capitan,
es, señor, mi camarada.
COR. Pues que pase.
JUAN. Perdonad!
Voy yo... (Á Beltran.) Decidle que espere.
COR. Invitadlo y servirá (Váse Beltran.)
de testigo.
JUAN. Ya veremos,
COR. Y para que hablar podais
libremente, os dejo solo.
Luz, adentro á descansar.
(Entran en su cuarto Luz y Beremunda.)
Vos, Duque, venid, tenemos
muchas cosas que arreglar
relativas á la boda.
(Vánse por el foro izquierda.)

ESCENA XVI.

JUAN y GIL.

JUAN. ¿Qué haremos, Gil?
GIL. Escapar,
y antes ahora que mañana;
pongámonos la sotana,
y á vivir.
JUAN. Eso es dejar
en poder del enemigo
á Luz.
GIL. Así podrá ser,
¿mas qué le quieres hacer
si llegó el hermano?... ¡digo!
¿Y vamos, qué plan intentas?
JUAN. Ver á Luz y hablarla... Luego
huiremos de aquí.
GIL. ¿Estás ciego?

¿Y el capitan?

JUAN. Si tú inventas
un medio de detenerle...
Vé á recibirle... vendrá
cansado... se acostará...

GIL. ¿Pero cómo convencercerle?

JUAN. Dile que nadie hay en casa;
que Luz y el Corregidor
han salido... Ten valor...
gana tiempo...

GIL. Eso traspasa
los límites de lo justo;
pero, en fin, lo intentaré;
que no hay nadie le diré,
y que se acueste á su gusto.

JUAN. Harás que nadie le vea,
ni criado ni pariente.

GIL. Si se duerme, es consiguiente
que se realiza tu idea.

(Váse Gil por el fondo. D. Juan va á entrar por la izquierda, y sale al mismo tiempo Doña Luz.)

ESCENA XVII.

D. JUAN, DOÑA LUZ.

LUZ. ¿Aún permaneceis aquí?

JUAN. *Sí.*

LUZ. ¿Cómo, si os perdeis si llamo?

JUAN. *Porque os amo.*

LUZ. ¡Callad la lengua traidora!

JUAN. ¡*Señora*!
Á un alma que ciega adora,
¿tan airada respondeis?

LUZ. Mirad que os comprometeis.

JUAN. *Sí, porque os amo, señora.*

LUZ. Ya sé lo que os incomoda.

JUAN. *La boda.*

LUZ. Buscais vuestro mal infiero.

JUAN. *Quiero...*

LUZ. ¿Mi perdicion conseguir?

JUAN. *Impedir*

que os casen.

LUZ. ¿Vos?

JUAN. Es decir,
con mi mortal enemigo,
que si no ha de ser conmigo,
la boda quiero impedir.
Traigo, por si alguien se enfada,
espada.
Decision, os lo prevengo,
tengo.
¿Quién no triunfa con valor
y amor?
Si la suerte en su rigor
sale contra mí, corriente;
para hacer á todo frente,
espada tengo y amor.

LUZ. ¿Conque vais á preferir?...

JUAN. *Morir.*

LUZ. ¿Por el delito de amar?

JUAN. *Ó triunfar.*

LUZ. ¡Triunfar! ¿De quién, vive Dios?

JUAN. *De vos.*

LUZ. No es posible entre los dos
otro lazo que el olvido.

JUAN. Señora, yo he decidido
morir ó triunfar de vos.

LUZ. Idos, que os lo pido yo.

JUAN. *No.*

LUZ. ¿Qué temeis?

JUAN. Que otro quizá
os logrará.

LUZ. ¿Quién inspira ese interés?

JUAN. *El portugués.*
No hay remedio, entre los tres
la cuestion está pendiente,
y en tanto que mi alma aliente
no os logrará el portugués.

LUZ. ¿Qué os diré si al amor clamo?

JUAN. *Os amo.*

LUZ. ¡Os amo!

JUAN. ¿Es ó no verdad?

LUZ. ¡*Marchad*!

Y termine ya este asunto.

JUAN. *Al punto,*
si vos, como os lo pregunto,
me respondeis que me amais.

LUZ. Lo diré porque os vayais:
—¡*Os amo, marchad al punto*!

JUAN. ¿Qué ocasiona ese temblor?

LUZ. *Amor.*

JUAN. Tus mandatos reverencio.

LUZ. ¡*Silencio*!

JUAN. Pues haz cierta mi ventura.

LUZ. ¡*Locura*!
Para el que amante procura
llegar al bien más aprisa,
esta ha de ser la divisa:
¡*Amor, silencio, locura*!

JUAN. Mi pecho impaciente arde...

LUZ. *Más tarde...*

JUAN. ¿Hablarte á solas podré?

LUZ. *Saldré.*

JUAN. ¿Dónde, si amor te aconseja?

LUZ. *Á la reja.*
Ahora de casa te aleja,
y Dios guarde al estudiante.
(Va á marchar á su cuarto.)

JUAN. ¡Te adoro! (Con entusiasmo.)

LUZ. (Volviendo.) Y yo te...

JUAN. ¡Adelante!

LUZ. (Conteniéndose.)
Más tarde saldré á la reja.

ESCENA XVIII.

D. JUAN, solo.

Pues señor, por esta parte
está el terreno minado,
solo me falta lograr
que el otro abandone el campo.
En cuanto ella quede libre,
me echo á los pies del hermano,
y ó me tiene que matar

ó bien su perdon alcanzo.
Justamente el portugués
se aproxima aquí.

ESCENA XIX.

D. JUAN, el DUQUE.

DUQUE. Cuñado,
anhelo falar con vos.
JUAN. Á tiempo venis, hidalgo.
DUQUE. Eu so noble, eu so rico,
y aunque pude en mis estados
buscar una fembra noble,
á todas preferí o garbo
de una española.
JUAN. Seguid.
DUQUE. Á sua hermana me ha roubado
o corazao.
JUAN. ¿Y qué más?
DUQUE. Que vos me deis un abrazo,
y fágase o casamento
con toda á pompa é boato.
JUAN. Falta una pequeña cláusula.
DUQUE. ¿Cuál?
JUAN. Mi aprobacion.
DUQUE. Es llano
que la dareis.
JUAN. Pues la niego.
DUQUE. ¡Oh, meu Deus!
JUAN. Vamos claro.
Yo, como mayor, soy jefe
de la familia; en mis cálculos
no entró jamás el tener
un portugués por cuñado.
Conque así, esta misma noche,
sin más formas ni preámbulos,
volveos á Portugal.
Buen viaje.
DUQUE. (Furioso.) ¡Con mil diabros!
¡Á un portugués tal desaire!
JUAN. Como os agrade tomadlo.

DUQUE. ¡Á mí, á un Duque de Viseo!...
¿Y no tembrais?
JUAN. Señor guapo,
es que si no os vais al punto,
os tendré que echar á palos.
DUQUE. (Cambiando de tono.)
Basta; tanto comprimento...
Yo soy muy fino, y me marcho.
(Se dirige á su cuarto.)

ESCENA XX.

DICHOS, GIL, apresuradamente por el fondo.

GIL. (Á D. Juan.)
Á ver si tomas soleta
ó te escondes.
JUAN. ¿Qué ha pasado?
GIL. No ha pasado, va á pasar.
El demonio del hermano
se empeñó en ver al tutor;
yo me opuse; los criados
llegan, avisan, se ven,
se hablan, y tira el diablo
de la manta... Hasta en la calle
la ronda vigila.
JUAN. ¡Malo!
GIL. Escóndete.
DUQUE. (¡Deus, qué escucho!
JUAN. Sabiendo que dentro estamos,
de nada sirve escondernos,
pues registrarán los cuartos.
Lo mejor es por la puerta
salir con espada en mano.
Sígueme. (Desenvaina.)
GIL. (Id.) Dios nos ayude.
JUAN. Á cogerlos descuidados,
y del ímpetu primero,
afuera.
GIL. ¡Ó al otro barrio!

ESCENA XXI.

El DUQUE, solo.

Aun no vuelvo de mi asombro.
¿Qué gente es esta? ¡Bellacos!
Y eu cheguei á consentir...
hora voy á castigarlos.
(Ruido de espadas dentro.)
Paréceme que se baten...
Pois por lo visto allá abajo
no hago falta; aquí me quedo
para guardar este paso.

ESCENA XXII.

El DUQUE, DOÑA LUZ, BEREMUNDA.

Música en la orquesta.

LUZ. ¿Qué ruido es ese?
DUQUE. Señora,
que se ha descubierto un chasco,
esto es, una diabluría...
(Voces y ruido de espadas más fuerte.)
LUZ. Se baten... id á calmarlos.
DUQUE. E muito mellor deixar
que se desfoguen.
VOCES. (Dentro.) ¡Villano!
¡Atrás! ¡Soy muerto!
LUZ. Ese grito...
DUQUE. ¡Mírime á mí que templado!
Al que entre aquí...

ESCENA XXIII.

DICHOS, D. JUAN y GIL, que vienen huyendo.

GIL. ¡Escapa pronto!
Herido cayó el hermano
ó muerto.

LUZ. ¡Cielo!

(Se desmaya en brazos de Beremunda que la retira por la izquierda.)

JUAN. (Saliendo.) ¡Reniego!...

GIL. (Que ha mirado por el balcon.)
Por la escalera se ha entrado
la ronda, la calle está
libre... Podemos de un salto
burlar á los que nos siguen.

JUAN Mi acero llevo manchado
con tu sangre generosa!
¡Adios para siempre!

GIL. (Empujándolo al balcon.) ¡Vamos!

(D. Juan y Gil saltan por el balcon al mismo tiempo que salen por el fondo el Corregidor, Beltran y la ronda, con las espadas desnudas.)

ESCENA XXIV.

El DUQUE, CORREGIDOR, BELTRAN, la ronda.

COR. ¡Por aquí!

BELT. (Se dirige con otros al balcon.)
¡Por el balcon!

COR. Corred otros por abajo.

(Varios de la ronda se van por el fondo precipitadamente.)

COR. (Al Duque.)
¿Le habeis dejado salir?

DUQUE. (Con fanfarroneria.)
Les miré, la espada en alto,
les grité forte, y al verme
tan feroche, se han marchado...
¡Si no se escapan tan pronto
os dois morren á mis manos!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La escena forma una plazoleta con árboles situada delante de una granja que estará á la izquierda del actor.—En el fondo, y perdiéndose en el horizonte, una viña. Á la derecha asientos rústicos entre los árboles, lo mismo que delante de la puerta de la granja, la cual tendrá un cobertizo. Varios aldeanos acaban de adornar con flores y enramadas la fachada de la granja.

ESCENA PRIMERA.

CORO GENERAL, despues BLANCA.

MUSICA.

Al alzarse el telon salen por el fondo aldeanos con flores, panderos y guitarras.

CORO. Despierta, serrana,
la luz de la aurora
los campos colora
de alegre matiz.
Guitarras, panderos,
te cantan amores,
y exhalan las flores

su aroma por tí.

(Sale Blanca de la granja.)

BLANCA. Mil gracias, amigos,
es hoy un gran dia.

CORO. Tú cumples los años,
que Dios te bendiga.

BLANCA. ¡Gracias!

CORO. ¡Viva!

BLANCA. Gracias
os da el alma mia.

ESCENA II.

DICHOS, JUAN y GIL, en traje de labradores, salen cada uno por su lado apresuradamente con un ramo que ofrecen á Blanca.

JUAN y GIL. Aquí tienes un ramo de flores
que en la huerta cogí;
bien merecen tocar sus colores
tu bella nariz.
Aunque más de un pinchazo en la mano
al cogerlo me dí,
cada vez que pensaba en tus ojos
me echaba á reir.

(Blanca coge los dos ramos y solamente da las gracias á Juan.)

BLANCA. Mil gracias.

GIL. (Como siempre,
las gracias para él.)

BLANCA. (Á los aldeanos.)
Hoy es fiesta en la granja,
cantar, bailar podeis.

(Besando las flores.)
¡Qué ramo tan bonito!

GIL. ¿El mio?

BLANCA. No, el de Juan.

GIL. (Solo le gusta á ella
lo de aquel perillan.)

Á UN TIEMPO.

JUAN, GIL y CORO.
Ya que tu cara, niña,

es como el sol
que borda la campiña
de mágico arrebol,
brille en tus ojos negros
la llama del amor.
¡Alza, serrana, dale,
y mueve con primor
ese cuerpecito
que me tiene frito
y me hace temblar.
¡Viva tu salero
y ese retrechero
modito de andar!
Ole, niña mia,
dame de la sal
que va derramando
ese delantal.

BLANCA. La paz del alma pura
es como el sol,
la densa noche os cura
disipa su arrebol.
Cuando brilla en los ojos
la llama del amor,
la vida es muy hermosa,
más bello y seductor
el dulce mareo
de algun galanteo
que turba la paz.
¡Viva la alegria
que en el alma mia
siento palpitar!
Pero que ninguno
me pida la sal
que va derramando
este delantal.

ESCENA III.

DICHOS, RAMIRO, que sale de la granja.

HABLADO.

RAM. ¡Hola! Celebrando estan
tus dias los labradores.
BLANCA. Padre, ved qué lindas flores
hoy me ha regalado Juan.
Exhalan si las aspiras
grato aroma.
GIL. (Á Blanca.) Yo te alabo,
mas no son moco de pavo
las mias, si bien las miras.
BLANCA. Este Gil es envidioso,
de todo ha de murmurar.
JUAN. No se le puede aguantar.
GIL. Á mí?
JUAN, ¡Envidioso!
TODOS. ¡Envidioso!
RAM. No con saña tan notoria
le acoseis.
JUAN. No por mi fe;
Gil es bueno...
GIL. ¡Ya se ve!
JUAN. Para tirar de una noria.
(Todos se rien.)
GIL. ¡Mira, Juan; me van cargando
tus bromitas!
JUAN. Ten paciencia.
RAM. Termine ya la pendencia.
(Á los Aldeanos.)
—Amigos, estoy pensando
cómo agradecer mejor
vuestra leal solicitud;
recibid mi gratitud
por tan singular honor.
Hoy del trabajo os relevo,
y á todos pago el jornal
por entero, es natural.

CORO. Vivid mil años.
RAM. Me atrevo
tambien á recomendar
en la fiesta el mayor tino;
deseo que corra el vino,
mas con tiento. ¡Ea! ¡Á bailar!
(Se van los aldeanos.)

ESCENA IV.

DICHOS, ménos el CORO.

RAM. ¿Á vosotros os va bien
en mi casa?
JUAN. Sí señor.
Más honrado labrador
no hay en cuanta tierra ven
los ojos á la redonda;
y á la experiencia me ciño,
que á vuestro tierno cariño
no hay pena que se le esconda.
RAM. Honrada casa heredé
frontera de Portugal,
y un año bien, otro mal,
aquí mi vida pasé.
Para calmar los enojos
de mi viudez, dióme el cielo
esta hija, que es mi consuelo
y la niña de mis ojos.
Errantes y fugitivos
llegásteis los dos aquí,
de par en par os abrí
las puertas, sin más motivos.
Quien sois no quise indagar,
me demandásteis trabajo,
y echando por el atajo
dí á los dos que trabajar.
JUAN. Á vuestras bondades quiero
confesar que me rendí.
BLANCA. Tampoco tendrán de mí
queja alguna á lo que infiero...

JUAN. No, mi lengua lo confiesa...
BLANCA. Siempre les puso mi afan
la miel más rica en el pan
y el pan más blanco en la mesa.
Y con placer infinito
decia al ver á los dos:
—¡Así los bendiga Dios
como tienen apetito!
RAM. Estas enramadas ved.
Hoy, por ser tu cumpleaños,
con mil adornos extraños
te festeja esa pared.
Cuanto en torno ves, confio
que gozo te viene á dar;
ven lo que falta á arreglar
para la fiesta, amor mio.
(Los dos entran en la granja.)

ESCENA V.

JUAN, GIL.

GIL. (Siguiendo con la vista á Blanca.)
Pobre paloma sin hiel,
ponte tus galas mas lindas,
y si el gabilan te acecha
no salgas de la campiña.
JUAN. Compasivo estás.
GIL. Yo tengo
el alma muy compasiva,
sobre todo con las pobres
mujeres, que Dios bendiga.
JUAN. Gil, mucho te gusta Blanca.
GIL. Me gusta, y me gustaria
mucho más si ella gustosa
á mi gusto diera oidas,
gustando los dos á un tiempo
dulce y regustosa vida.
Mas pues su gusto y el mio
hoy á su gusto no caminan,
y en cambio le gustas tú,
¡está mi gusto que trina!

ESCENA VI.

Los MISMOS, RAMIRO.

RAM. Gil, mientras que allá festejan
con tanto amor á mi hija,
me ocurre un buen pensamiento.
GIL. ¿Un buen pensamiento? ¡Atiza!
(Verás lo que se le ocurre.) (Ap. á Juan.)
¿Y es?...
RAM. Que guardes tú la viña,
porque hoy á todos licencia
dió Blanca por ser sus dias.
GIL. Á todos ménos á mí.
RAM. Vé á buscar la carabina
que está detrás del escaño,
y sin descanso vigila.
GIL. Que vaya Juan, yo estoy malo.
RAM. No puede, lo necesita
mi Blanca para bailar
en la fiesta.
GIL. ¡Voto á cribas!
que yo bailaré con ella
habas verdes, seguidillas,
bolero, fandango, jota...
RAM. Gil, eso no es cuenta mia.
Ella me ha dicho «con Juan,»
conque guarda tú la viña.
(Ruido y voces dentro por la derecha.)
UNA VOZ. Para, para.
OTRA. El coche vuelca.
OTRAS. ¡Jesus!
RAM. Alguna caida.
Gente es que va á Portugal.
VOCES. (Dentro.) ¡Socorro!
RAM. ¿Quién no auxilía
á los que socorro piden?
(Desaparecen Ramiro y Juan.)

ESCENA VII.

GIL, despues JUAN, con DOÑA LUZ, desmayada.

GIL. Mi suerte está decidida.
Si Blanca no me hace caso,
me pego contra una esquina.
Todo me sale al revés.
¿Á qué aguardo mas desdichas?
El que nació para ochavo
no llega á cuarto en su vida.

JUAN. (Sentando á Doña Luz en un banco de piedra á la derecha.)
Reposad aquí, señora.
Volved en vos... ¿Mas qué miran
mis ojos? ¡Luz!

GIL. (Acercándose.) ¿Luz ha dicho?
¡San Caralampio, la misma!

LUZ. (Volviendo en sí.)
¿Dónde estoy?

JUAN. ¡Aquí, en mis brazos,
dueño mio!... Ven, respira,
que pendiente de la tuya
como siempre está mi vida.

LUZ. Esa voz... ¿Sois vos, don Juan,
y en ese traje?

JUAN. Desdichas
de amor que no ignoras tú,
á disfrazarme me obligan.

LUZ. Huye, que tú eres la causa
de mí luto y mi agonia.

JUAN. ¿Á dónde vas?

LUZ. Á Viseo,
do me llevan en sus iras
tristezas de un muerto hermano.

JUAN. Á casarte: no más finjas.
Sin duda que el portugués
te acompaña.

COR. (Saliendo con el Duque.) ¿Y mi pupila?

LUZ. Ellos son. (Se deja caer en los brazos de D. Juan.)

JUAN. ¿Eh?

LUZ. (Ap. á Juan.) Disimula.
GIL. Á que el desmayo es mentira,
y por caer en sus brazos
es toda esa pantomima?

ESCENA VIII.

DICHAS, CORREGIDOR, DUQUE, BEREMUNDA, RAMIRO y cuatro alguaciles.

COR. Llevémosla á descansar.
(Juan ayudado de los alguaciles y de Beremunda conducen á Luz á la granja. El Corregidor los sigue.)
RAM. En tanto que ella se alivia
y se compone el carruaje,
de asilo mi casa os sirva.
DUQUE. Muito gañas, labrador.
¿Coñeces mi gerarquia?
RAM. Yo os sirvo sin conoceros.
DUQUE. Mi nobreza es muito antiga.
Eu só don Cesar de Acuña
Laranjeira Portamira
Santarem Veira Saldaña
Pimentel Ribeiro Vila
Castro Serpa Pinto...
RAM. Basta,
que ignoro si habrá cabida
aquí para tanta gente,
más pasen sus señorias.
(Entran en la granja, el Duque primero contoneándose.)

ESCENA IX.

GIL, luego D. JUAN.

GIL. ¡Con que doña Luz! Empieza
otra vez la tremolina;
mucho me temo que á Juan
le salga cara la dicha...
JUAN. (Muy alegre.)
¡Gil, la he tenido en mis brazos!
GIL. ¿Y la has sacado de pila?
JUAN. Soy dichoso en este instante.

GIL. Ya te lo dirán de misas.
JUAN. Fiebre de amor me devora.
GIL. Es una fiebre maligna.
¿Quieres acertar de veras?
Pues escapemos aprisa.
JUAN. ¡Huir, cuando el bien que adoro
con su posesion me brinda!
GIL. Si el señor Corregidor
nos echa la vista encima,
al decir su único hijo,
¡crac! nos curan las anginas.
JUAN. Gente viene.
GIL. (Yéndose por el fondo.) Me escabullo.
(Salen doña Luz y Blanca. Juan entra en la granja despues de saludarlas.)
BLANCA Adios, Juan.
LUZ. (Que observa á Blanca.) (Mucho le mira.)

ESCENA X.

DOÑA LUZ y BLANCA.

LUZ. Decidme, ese labrador
que tan gallardo parece,
¿sabeis quién es? (Enmudece;
sin duda le tiene amor.)
Vamos, responded.
BLANCA. Señora,
si os he de decir verdad,
yo ni por curiosidad
le he preguntado hasta ahora...
LUZ. Por lo que callais sospecho,
mirando esa turbacion,
que sentís el corazon
intranquilo en vuestro pecho.
BLANCA. Es cierto.
LUZ Pues eso, niña,
se llama amor.
BLANCA. ¿Amor?
LUZ. Sí.
BLANCA. Yo nunca le conocí.
LUZ. Bajo la tosca basquiña,
de su imperio haciendo gala,

tambien su ponzoña vierte.

BLANCA. ¿Y es enfermedad?

LUZ. De muerte.

BLANCA. ¿Con qué es decir que estoy mala?
¡Protéjame San Antonio!
Más para tantos dolores
habrá médicos de amores...
¿cuál es el mio?

LUZ. (El demonio.)

BLANCA. ¿Pero qué cosa amor es,
cuando yo un bien le juzgaba,
sin ver que la muerte daba?

LUZ. Escúchame.

BLANCA. Decid pues.

MUSICA.

LUZ. Un deseo de gozar,
un recuerdo encantador,
un contínuo suspirar,
una dicha y un dolor...
Esto es amor.

BLANCA. Pues eso mismo
es lo que siento yo.

LUZ. En la mente un loco afan;
en el alma una ilusion;
un eterno imaginar,
una viva agitacion ..
Esto es amor.

BLANCA. Pues todo eso
es lo que siento yo.

—

LUZ. Ay, pobre aldeana,
me das compasion,
porque es un tormento
muy grande el amor.

BLANCA. Pues ese tormento
no lo siento yo.
¿Y quién esta llama,
señora, encendió?

LUZ. Palabras que el viento

quizá se llevó.
¿Su lengua te ha dicho?..

BLANCA. Él nunca me habló.

LUZ ¿Lisonjas acaso?...

BLANCA. Tampoco.

LUZ. (Mejor.)
Escucha un consejo:
guarda tu pasion;
no la sepa nunca
ese labrador.

BLANCA. Á mí no me importa
que sepa mi amor,
que es bueno y discreto
ese labrador.

LUZ. Amar es sufrir.

BLANCA. Amor es un bien.

LUZ. Amor es infierno.

BLANCA. Y un cielo tambien.

Á UN TIEMPO.

BLANCA. (El rayo de la luna
que tiembla en la laguna,
retrata de mi amante
el lánguido mirar.
Su aliento es el romero,
sus ojos el lucero
que viene á la mañana
mi sueño á despertar.

LUZ. Su dicha me da celos,
y sienten mis desvelos
que puede la aldeana
llegarle á enamorar.
Horrible es mi destino,
pues siempre en mi camino
la dicha que ambiciono
me vienen á robar.)

HABLADO.

LUZ. ¿Es decir que estás dispuesta

á declarar tu pasion?

BLANCA. Señora, esta inclinacion
no sabeis lo que me cuesta.
Vos decis que no es un bien
amar, que es suplicio eterno,
que es para el alma un infierno,
cuando es para mí un eden.

LUZ. Hoy tu amante desvario
goza su primer abril;
pronto con paso sutil
llegará el invierno frio;
y buscarás dolorida,
seco, helado el corazon,
en tu pecho algun rincon
en donde esconder la vida
que se escapa sin querer,
entre suspiros de amores,
como el viento entre las flores
se va para no volver.

BLANCA. Si de la vida la esencia
con el amor se evapora,
yo la guardaré, señora,
como guardo mi inocencia.
Feliz vivo en mi montaña,
nadie me puede robar
esta alegria de amar
ni la paz que me acompaña.

LUZ. ¡Nadie! Si á vivir empiezas,
¿qué sabes tú?

BLANCA. ¡Por Dios santo,
donde se trabaja tanto
no hay lugar para tristezas!
Apenas el sol envia
su luz que los montes dora,
despierta la labradora
y bendice al nuevo dia.
Sale al campo con orgullo,
música le dan las fuentes,
sus espumas los torrentes
y los bosques su murmullo.
Leve su planta resbala
mientras siguen su persona

ya la vaca retozona
ó ya la oveja que bala.
Recoge en los prados bellos
las espigas con donaire,
y azota su rostro el aire
que juega con sus cabellos.
Y cuando las doce da
la campana de la aldea,
gozo es ver lo que recrea
la mesa que puesta está.
La tabla de fuerte pino
ostenta blanco mantel,
y yo coloco sobre él
dos sendos jarros de vino.
Saco pan que al horno dan
estos dedos pecadores,
y dicen los labradores
que es muy esquisito el pan.
Dando gusto á la nariz
salen, tras la rica olla,
la bien sazonada polla
y la olorosa perdiz.
Si la plática desmaya,
crece de nuevo la bulla
mientras que el mastin ahulla
y el gato impaciente maya.
Se vuelve al trabajo luego,
viene la noche, se cena,
y el cansancio, no la pena,
reclama sueño y sosiego;
y es tan profundo, señora,
el sopor del cuerpo en calma,
que pasa de un sueño el alma
desde el ocaso á la aurora.

LUZ. Envidia ese cuadro da,
mas los engaños del mundo
en tu retiro profundo
vienen cercándote ya.

BLANCA. ¿Los engaños?

LUZ. Oye, pues,
ese gentil labrador
es solo un engañador,

que aquí, por propio interés,
nombre y calidad fingiendo...

BLANCA. ¿Es posible?

LUZ. Yo lo digo,
que soy á fe buen testigo
de lo que estoy refiriendo.

BLANCA. ¿Pues quién es?

LUZ. Un caballero
de casa muy principal,
que por un lance fatal
le importa ocultarse.

BLANCA. Infiero
mi desdicha desde ahora!

LUZ. ¿Cómo, ya arrugas el ceño?
Hoy no pasarás de un sueño
desde el ocaso á la aurora. (Váse.)

ESCENA XI.

BLANCA, sola.

¡Caballero el labrador!
¿Y cómo eso puede ser?
¿Cómo? Siendo yo mujer
bisoña en cosas de amor.
Ahora caigo en su manía
de recatarse de mí;
sin duda el disfraz que aquí
encubriera su porfía,
quiso que nos igualara,
y esta igualdad pretendida
de una sospecha atrevida
es la consecuencia clara:
calló el nombre, y no el amor,
que harto me lo dió á entender;
luego quiso conocer
si le amaba labrador.
Luego por mí fué el disfraz,
luego se oculta por mí,
luego me idolatra, sí...
—Alto, pensamiento audaz,
que ya corres más que el viento;

no haga yo de esta manera
las cuentas de la lechera
con tan frágil fundamento.
Yo quiero hacerle entender
que algo sé callando el todo,
y veremos de este modo
si se me da á conocer.

ESCENA XII.

BLANCA, DUQUE, D. JUAN.

Blanca se retira hácia la derecha, y el Duque y D. Juan hablan en segundo término.

DUQUE. Olle para á repariga,
eu ya la fize entender
con un guiño que en meu peito
aquele rostro grabei.
Eu cá so asin, meu amigo,
en donde hay una muller,
sin remedio la conquisto
en un decir santi-amen.

JUAN. (Lo que este va á conquistar,
va á ser algun puntapie.)
¿Mas y la viajera?

DUQUE. ¡Chito!
Que non chegará á saber...
Mais por si acaso ando alerta,
quiero que tú por mí des
o primer avance.

JUAN. ¿Cómo?

DUQUE. Dila que un fidalgo, pues,
un duque tan soberano
como es en Lisboa o rey,
está enamorado de ella,
y solo espera saber
el sí, la hora y el sitio
para arrojarse á sus pes.

JUAN. (Porque de mí no sospeche,
fingiré que hablo por él,
mientras la ocasion aguardo

de ver á Luz.)

DUQUE. Chega, pues,
eu me escondo, y si presisa
miña presencia, saldré.

JUAN. Bueno.

DUQUE. Desde allí te escucho.
¡Diplomasía!
(Se esconde detrás de los árboles.)

ESCENA XIII.

BLANCA, D. JUAN. El DUQUE oculto.

JUAN. (Acercándose á ella.) ¡Blanca!

BLANCA. (Levantándose.) ¡Él!
(Un hidalgo en ese traje...
¡quién lo habia de creer!)

JUAN. Bellísima labradora;
Blanca que tan blanca es
como en el nombre en el alma,
si blanco me vais á hacer
de vuestro rigor, en blanco
mis palabras dejaré.

BLANCA. Si hablar verdad determina,
no seré ingrata con él,
por más que á veces lo blanco
negro se suele volver.
Negra es la sombra que esconde
al homicida cruel;
negra es el alma que niega
su calidad y su fe;
negra es la intencion que oculta
quien no se declara bien.

JUAN. (Sorprendido.)
(¿Qué quiere decir con esto?
Si sospechará... ¿Por qué?
¡Bah! Sigamos el humor
al Duque.) Habeis de saber,
Blanca hermosa...

BLANCA. ¿Vuelta al blanco?
Lo negro os recordaré.

JUAN. Pues válgate por lo negro,

que lo negro me está bien.
—Blanca, un hidalgo que es negro
por lo desdichado que es,
con su negra suerte quiere
vuestra suerte ennegrecer.
Si negra intencion abriga
decíroslo no sabré;
pero afirma que os adora,
y que está oyéndonos ved.
Dice que esos ojos negros,
negro le van á volver,
y que tiene el alma negra,
negra de quereros bien.

BLANCA. ¿Y es tan negro lo que pide?

JUAN. Que piadosa le escucheis.

BLANCA. ¿Á él, ó á vos?

JUAN. Á mí que os hablo
en este instante por él.

BLANCA. (Es decir que se declara...
¡Cielos! ¡No me equivoqué!...
¡Con qué ingeniosa manera
su pasion me da á entender!)

JUAN. Ved que espera una sentencia
de esa boca... responded.

BLANCA. (Para contestar acorde
el mismo medio usaré.)
—Supongamos que sois vos,
pues que vos hablais por él.

JUAN. No me disgusta el supuesto.

BLANCA. Oid mi respuesta.

JUAN. Á ver.

BLANCA. Caballero que ocultando
el nombre con interés,
de esta casa honrada y pobre
traspasásteis el dintel;
hidalgo que á un alma pura
haceis soñar un eden
con vuestras dulces palabras
de caramelo y de miel;
amante tan encubierto
que no se da á conocer
ni á la misma á quien su labio

trata de pintar su fe;
si es verdad lo que decis,
ya que dichosa me haceis,
caballero, hidalgo, amante,
Dios os premie tanto bien.

JUAN. Más claro, Blanca.

BLANCA. (Con entusiasmo.) ¡Que os amo?

JUAN. (Cambiando de tono.)
Es decir, á él...

BLANCA. (Id.) ¡Á él!...

JUAN. (¡Vive Dios, que estoy confuso!
He logrado sorprender
su cariño, y no quisiera
burlar su cándida fe.)

BLANCA. ¿Callais?

JUAN. No tal, la alegria...
de oiros... (y el portugués
tal tesoro de inocencia
pretende robar.., ¡Pardiez,
antes soy yo!)

BLANCA. ¿Qué rezais
entre dientes?

JUAN. Nada; que
no hay labradora en Castilla
que se os pueda parecer;
que mi pasion es verdad,
aunque es muy alta merced
para un villano cual yo
tan hechicera mujer.

BLANCA. ¿No hablais en nombre del otro?

JUAN. ¡Ay, es verdad, lo olvidé!
¿Quién no olvida á vuestro lado
todo?

BLANCA. Mucho prometeis.

JUAN. Más he de cumplir.

BLANCA. Lo creo.

JUAN. Soy muy tenaz.

BLANCA. Ya se ve.

JUAN. Dadme esa mano.

BLANCA. ¿Por dicha
obispo me vais á hacer
que da en la calle la mano

para que la besen?

JUAN. ¡Pues!
Dios manda dar á los pobres
consuelo.

BLANCA. ¿Sois pobre?

JUAN. Ved:
un caudal tengo de amor,
y aunque avaro suelo ser,
si me quitan la esperanza
á mendigar me echaré.

BLANCA. No os quiero tan miserable.

JUAN. Pues sed vos ménos cruel
y dad limosna de mano.

BLANCA. Por caridad la daré,
(Le toma la mano D. Juan.)

JUAN. Dios os lo pague. Ahora el beso.
(Besándosela.)

BLANCA. ¿Besais, por cuenta de quién?

JUAN. Por cuenta del que os adora.

BLANCA. ¿Es decir, por él?...

JUAN. ¡Por él!

ESCENA XIV.

DICHOS, DOÑA LUZ, que sale de la granja. El DUQUE desde el fondo.

LUZ. ¡Besando la mano á Blanca!...
Cierta mi desdicha es.

BLANCA. Nos han visto. (Desaparece por el fondo.)

DUQUE. Ella se va:..
Eu seus pasos seguirei.
¡Pobre paloma! Va herida
no corazao... ¡Miña es!
(Váse detrás de Blanca precipitadamente.)

ESCENA XV.

DOÑA LUZ, D. JUAN.

LUZ. (Muy incomodada y sin dejar hablar á D. Juan, que lo intenta varias veces.)
¿Es esta, traidor amante,

tu promesa manifiesta?
¿tu loca pasion es esta,
ingrato, falso, inconstante?
¿Y aquella fe prometida
y tanto mostrar el alma
que á mí me robó la calma
y á otro le costó la vida?
¿Y aquel contínuo gemir,
y aquel eterno rondar,
y de dia suspirar,
y de noche no dormir?
—Eres veleta que muda,
eres arena en cambiar
cada instante de lugar;
catecismo de la duda,
sin brújula navegante,
sombra que engaña á la gente,
y luna que está en creciente
tan pronto como en menguante.
—Es tu firmeza que fragua
mentiras con tal donaire,
la de la pluma en el aire,
la del letrero en el agua.
—¡Que mudas traje presumo
como la fe; ¿qué mas quieres
cuando á un mismo tiempo eres
pluma, arena, sombra y humo?

JUAN. ¿Acabaste?

LUZ. No acabé.

JUAN. ¿Qué pretendes?

LUZ. Castigar
tu traicion; no has de lograr
tu intento.

JUAN. Pero óyeme.

LUZ. ¡Hola! aquí, Corregidor, (Llamando.)
Duque, acudid todos luego,
que hoy á la justicia entrego
de mi hermano el matador.

JUAN. Atiende.

LUZ. ¿Quién no se ufana
de esta victoria?

JUAN. Te pido...

LUZ. Para mí Juan perdido,
y para la otra Juan gana.
JUAN. Si hablé de amor, te confieso
que no le hablé para mí,
sino para otro.
LUZ. Pues dí,
¿fué tambien para otro el beso?
—Tu boca en vano me ruega,
que la ley se satisfaga,
y sé á lo ménos Juan paga,
ya que fuiste Juan de pega. (Váse.)
JUAN. Se va... si no la contengo
va á ser causa de mi muerte. (La sigue.)

ESCENA XVI.

GIL, con escopeta.

GIL. Pues adelanto de suerte,
que nuevo destino tengo.
Cultivé en esa campiña
calabazas y lentejas,
luego fuí guarda de ovejas,
y ahora guarda de la viña.
Hasta que llenen las cubas,
vigilar es mi deber;
temo que el guarda va á ser
el que se coma las uvas.

ESCENA XVII.

GIL, BLANCA.

BLANCA. ¿Se marchó ya?
GIL. ¿Quién?
BLANCA. Juanito.
GIL. (Esta le busca tambien.)
¡Juanito! ¡Miren qué bien!
Nadie me llamó Gilito
en la vida, Blanca, á mí,
tan cierto como eres bella,
porque en cuestion de doncella

nunca pasé de Gilí.
BLANCA. Ese Duque portugués
es ya mi perseguidor.
GIL. ¿Y de qué te habla?
BLANCA. De amor.
GIL. Aquí viene: la basquiña
busca de la labradora.
BLANCA. No te separes ahora.
GIL. No temas, guardo la viña.

ESCENA XVIII.

GIL, BLANCA, DUQUE.

MUSICA.

DUQUE. (Á Blanca.)
Rapariga, no meu peito
encendistes un volcan.
BLANCA. Caballero, no tan cerca.
GIL. (Yo le voy á fusilar.)

Á UN TIEMPO.

DUQUE. De mi afecto en proba,
oh rosa de abril,
deixa entre las miñas
tu mano gentil.
En fogo de amores
siéntome ya hervir,
y meu corazáo
brincos da por tí.
GIL. (Si tú te propasas
me parece á mí
que del primer brinco
vas hasta Pequin.
Por lo que estoy viendo
y por lo que oí,
una de trancazos
se va á armar aquí.)
BLANCA. Á ser eso cierto,

otro más gentil
no se encontraria
ni con un candil.
Mas las aldeanas
que andan por aquí,
son tan montaraces
como el jabalí.

DUQUE. Dame tú esa mano.

BLANCA. Basta. (Huyendo de él.)

DUQUE. (Siguiéndola.) La cogí.

(Gil sigue atentamente los movimientos del Duque, y al ver que coge la mano á Blanca, se mete de pronto por medio obligándole á soltarla.)

GIL. ¡Alerta, ama mia!

BLANCA. ¿Qué temes por mí?

GIL. Un zorro muy zorro
anda por aquí.

—

DUQUE. Vuelva yo esa mano
á estrechar aquí.

BLANCA. Eso sí que nones.

DUQUE. Eu morro por tí.

(Sigue detrás de Blanca alrededor de la escena.)

GIL. (Observando desde el fondo.)
Cómo la persigue.

DUQUE. Á mis brazos ven.

GIL. El zorro anda cerca...
Le escarmentaré.

(El Duque alcanza á Blanca en mitad del escenario, y al mismo tiempo Gil dispara la escopeta. Al ruido el Duque cae en el suelo creyéndose herido.)

DUQUE. ¡Ay de miu! ¿He morto?

BLANCA. Alzad.

DUQUE. ¿Estó vivo?

Á UN TIEMPO.

DUQUE. ¡Qué guarda tan animal!
Non quiero nada con él,
Por poco en lugar del zorro
la muerte da á un portugués.

BLANCA. ¡Qué pronto se acobardó!

No quiere nada con él.
Por poco siguiendo al zorro
un tiro da al portugués.

GIL. ¡Qué pegajoso le ví!
Al cabo le escarmenté.
No vuelve á picar las uvas
en su vida el portugués.

ESCENA XIX.

GIL, solo.

HABLADO.

GIL. Buen papel iba yo á hacer
si no me vale la astucia...
Pues bonito genio tengo
para ver con cara estúpida
que mientras ayuna el guarda
otro se come la fruta.
(Salen los Estudiantes por el fondo derecha.)

ESCENA XX.

GIL, ESTUDIANTES, con flautas, guitarra y pandera.

EST. 1.º Venid, muchachos; al guarda
convencerán nuestras súplicas.
Ciudadano que esta viña
amparas de gente estulta,
nos que hácia aquí declinamos
declinando la faz mustia
por el cansancio y el hambre,
pues no hemos podido nunca
declinar el vocativo
care, ni en coro ni en cura,
nos humildes te rogamos...
(Reconociendo á Gil)
—Pero qué veo... no hay duda...
esa cara... yo la he visto
en otro cuerpo...

GIL. ¡Oh fortuna!
¡Que sois vosotros, amigos!
Mi traje lo disimula,
mas reparad que soy Gil.
EST. 1.° Gil, mi lengua te saluda.
Nuestros brazos te reciban
con amor. (Todos abrazan á Gil.)
TODOS. ¡Sí!
GIL. Eso me gusta.
EST. 1.° Recuerdo que te llamaban
en Salamanca las turbas
Gilí por lo afortunado
que fuiste en tus aventuras:
en donde habia palizas,
siempre te llevabas una.
GIL. Yo tuve siempre un carácter
tan divertido...
EST. 1.° Te adulas:
el divertido era aquel
que sin enseñarte música,
del primer golpe te hacia
comprender lo que era fuga.
GIL. Yo jamás volví la cara,
esa es villana calumnia.
EST. 1.° No te incomodes, Gilí.
GIL. En la postrera aventura
ayudé á Juan, y los dos
derrotamos una turba
de alguaciles, dando muerte
al hermano de Luz.
EST. 1.° ¡Luzca
para vosotros la aurora
del perdon!
GIL. No falta alguna
esperanza de que Juan
se case con la difunta,
(Movimiento en los Estudiantes.)
es decir, con la hermanita
del que mató nuestra furia,
y con este casamiento
nuestro destierro concluya.
EST. 1.° Cuenta con la estudiantina

para todo lo que ocurra.

GIL. Disimulad por ahora.

EST. 1.° Nadie cual yo disimula.
¿Quién dirá, al ver mi elocuencia,
que estoy aun en ayunas?

GIL. ¿Eso es verdad?

EST. 1.° Tan verdad.
como si tú nos ayudas,
un avance en esa viña
vamos á dar á las uvas.

GIL. ¡Pues á ellas! Yo soy el guarda,
y porque esten más seguras
vuestras personas, vigilo
para que nadie interrumpa
la obra de misericordia
que vais á hacer con las uvas.

EST. 1.° Hazte cuenta que ha caido
la langosta.

GIL. ¿Quién lo duda?
(Vánse por el fondo.)

ESCENA XXI.

D JUAN, solo por el fondo.

JUAN. No la pudo detener,
tanto los celos la ofuzcan.
(Mirando por la izquierda.)
Mas hablando con el Duque
viene allí! Temo que cumpla
su palabra, ¡vive el cielo!
y mi secreto descubra.

ESCENA XXII.

D. JUAN, LUZ y DUQUE.

DUQUE. (Que sale hablando con doña Luz y sin ver á Juan.)
Práseme ouviros, señora,
ya meu corazao calcula
que cede vostra altiveza

e se rinde á miñas súplicas.

JUAN. (¿Qué dice?)

LUZ. (Viendo á Juan.) (Allí está el traidor,
voy á vengarme... ¡Que sufra
el mismo tormento horrible
que sufro por causa suya!)

DUQUE. Falad, señora.

LUZ. Pues bien,
sabed que si tuve culpa
en retrasar esta union,
conozco que he sido injusta.

DUQUE. ¿E verdade?

LUZ. Me arrepiento
y anhelo que con premura
se haga nuestro matrimonio;
¿lo entendeis?

DUQUE. ¡Meo amor triunfa!
¿Y el endiabrado estudante?

LUZ. Causa es mi desventura,
pues sin que le amase yo
dió por mi mala fortuna
en rondar mi casa, haciéndome
víctima de sus locuras.

JUAN. (Reprimiéndose.)
¡Qué esto escuche, vive Dios,
sin vengar tamaña injuria!

DUQUE. ¿Logo me amais?

LUZ. Os adoro.

DUQUE. ¿Sereis miña?

LUZ. Ante Dios.

JUAN. (Estallando y presentándose.) ¡Nunca!

DUQUE. ¿Qué é isto? ¡Váyase imbora,
que ninguen por él pregunta!

LUZ. ¿Qué quiere ese labrador?

JUAN. (Al Duque.)
Miradme bien.

DUQUE. ¿Á quén busca?

JUAN. Os busco á vos, y á esta dama,
y al infierno que os confunda...
Yo soy su amante.

DUQUE. ¡Embusteiro!

JUAN. Y con la espada desnuda...

DUQUE. ¿Non dice que gasta espada
un hombre de baja alcurnia?
Menina, venid.
LUZ. El brazo.
(Van á salir y Juan se pone por delante.)
JUAN. ¡Oh! Todas las fuerzas juntas
del infierno son muy pocas
á libraros de mi furia.
LUZ. ¡Cielos!
JUAN. ¡Atrás! (Arrojándose sobre el Duque.)
DUQUE. ¡Que me pegan!
COR. (Saliendo.)
¿Quién grita?
JUAN. ¡Quién loco está
y la muerte airado busca!

ESCENA XXIII.

DICHOS, CORREGIDOR, BLANCA, RAMIRO, CORO GENERAL de aldeanos.

MUSICA.

CORO. ¡Qué voces! ¡Qué escándalo!
¡Qué extraño rumor!
De tanto alboroto,
¿cuál es la ocasion?
JUAN. Escúchenme todos
con mucha atencion:
de tanto alboroto
la causa soy yo.
TODOS. Habla sin temor.
LUZ. Temo su furor.

—

JUAN. De una hermosa postrado á los pies
todo aquel que de veras amó,
que maldiga cual yo á la mujer
si su bella esperanza burló.
—Á esta dama mi amor consagré
y la infame mi afecto vendió.

—

COR. (Á LUZ.) ¿Qué dice ese hombre?
¿Le conoces; dí?
LUZ. (AP.) (Su muerte es segura
si digo que sí.)
COR. Responde.
LUZ. Señor...
yo jamás le ví.
JUAN. ¡Mentis, mentis!

—

De estudiante su calle rondé
y de noche la puerta me abrió,
con mi espada á su hermano maté
y un disfraz mi castigo evitó.
—¡Venga ya la justicia á su vez,
que no quiero vivir sin amor!

Á UN TIEMPO.

COR., DUQUE, RAM. y CORO.
Qué loco atrevimiento
por causa de una ingrata,
la pena que le mata
no puede ya ocultar.
Bien dice lo que sufre
de amor su pecho herido,
que pague el atrevido
su crímen sin tardar.
LUZ. Él mismo lo confiesa
y á mí me juzga ingrata,
mi dulce ensueño mata
con ira y sin piedad.
Bien dice lo que sufre
de amor su pecho herido,
no sabe el atrevido
la pena que me da.
BLANCA. Su amor fué mi ventura,
mas hoy la suerte ingrata
mi dulce ensueño mata
con ira y sin piedad.
Bien dice lo que sufre
de amor su pecho herido,
no sabe el atrevido

la pena que me da.

JUAN. ¡Cuál sufre el alma mia
rigores de una ingrata,
la pena que me mata
no puedo ya ocultar!
Quité la vida á un hombre,
oh tú, cielo enemigo,
reciba su castigo
mi crímen sin tardar.

—

COR. Prendedle al momento,
que pague el delito.

LUZ. (Oh cielo!)

JUAN. Llevadme,
pues no me resisto.

COR. Atadle las manos.

COR. (Los cuatro alguaciles sacan una cuerda y atan á D. Juan.)

LUZ. (Maldita pasion!)

DUQUE. (De esta vez me quedo
libre de un moscon.)

ESCENA XXIV.

DICHOS, GIL y los ESTUDIANTES, armados todos de enormes trancas.

GIL. Alto allá, ¿quién ha mandado
de este jóven la prision?

COR. Yo en castigo de la muerte
que en mi casa á un hombre dió.

GIL. Compañeros, desatadle.
(Los Estudiantes desatan á Juan.)

CORO. Libre está.

COR. ¡Negra traicion!
¿Quién mis órdenes resiste?
(Colocándose en medio y sacando la espada.)
¡Por el rey!

GIL. (Dando un golpe con la estaca.)
¡Por el amor!
(Los Estudiantes acometen á los alguaciles, que huyen.)

El que dé mas estacazos
es quien tiene más razon.

COR. Pagarás tu villania.

GIL. Me adelanto á la ocasion.
Camaradas, poned preso
al señor Corregidor.

COR. ¿Á mí?

GIL. Á vos.

COR. Atrás, canalla.

CORO. (Rodeándole y alzando las trancas.)
Daos á prision.

Á UN TIEMPO.

COR. Si el derecho de una tranca
sobre mí fuerza te da,
en llegando á Salamanca
mi venganza probarás.
Por mi nombre, de esta ofensa
os advierte mi furor,
que os dará su recompensa
el señor Corregidor.

TODOS. Vale más que por buena
os rindais sin vacilar,
pues si empieza la faena
más de un palo os tocará.
Si este lance os ha pasmado,
consolad vuestro dolor,
que sereis muy bien tratado,
¡oh señor Corregidor!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del segundo acto.

ESCENA PRIMERA.

JUAN, GIL.

JUAN. Gil, en varias ocasiones
te encontré casi cabal,
pero hoy no te encuentro entero...
GIL. Estoy partido, es verdad.
JUAN. ¿Á quién diablo se le ocurre
lo que á tí?
GIL. Pues ahí verás.
JUAN. Pues eso es tener el juicio
lo mismo que un pedernal.
Si así me aconsejas, Gil,
Gil, no me aconsejes más,
porque me das un remedio
peor que la enfermedad.
GIL. ¿Y qué vas á hacer?
JUAN. Seguir
el impulso natural.
defenderme mientras pueda
y hasta sucumbir lidiar.
¡Cuando recuerdo la escena
en que la ingrata!...

GIL. ¡Ayayay!
JUAN. Le decia al portugués:
«yo te adoro;» ¡voto á!...
(Agarrándose furioso á Gil.)
GIL. Haz el favor de tener
las manos quietas, ¿estás?
que no soy portugués yo
ni por él he de pagar.
JUAN. ¡Hombre, perdona, estoy loco!
GIL. Tú lo has dicho... loco... ¡ajá!
lo que yo quiero que finjas
para podernos salvar.
JUAN. ¿Vuelves á la carga?
GIL. Vuelvo.
Fínjete loco, no hay más,
por locura todo pasa.
JUAN. ¿Vamos, te quieres callar?
GIL. El Corregidor es bueno,
y sabiéndole llevar...
Qué diablo, si él tu locura
llega á creer, cederá...
y mientras siguen la ruta
que los lleva á Portugal,
volvemos á Salamanca
tú y yo.
JUAN. ¿Á qué fin?
GIL. Á estudiar.
JUAN. ¿Cómo fingir que estoy loco?
GIL. ¡Valiente dificultad!
JUAN. ¿Qué hacer para que lo crean?
GIL. Con descompuesto ademan
te vas al Corregidor,
lo abrazas sin vacilar,
si quieres le das un beso
tambien, y en seguida das
un sopapo á doña Luz
creyéndola tu rival.
Al ver esto dirán todos:
«no hay escape, loco está.»
JUAN. Y dí, ¿no fuera mejor
á Luz el abrazo dar
y el bofeton en seguida

al Corregidor?

GIL. No tal.
eso lo haria cualquiera,
aunque á mí me gusta más.
Gente viene; déjame
el terreno preparar,
y tú empieza á hacer locuras,
que de fijo las harás.
(Váee Juan.)

ESCENA II.

GIL.

Ahora es menester que yo
eche la bola á rodar;
salen, mano á la consigna...
(Saca el pañuelo y se lo lleva á los ojos fingiendo que llora.)

ESCENA III.

GIL, el DUQUE, RAMIRO, BLANCA, CORO GENERAL.

MUSICA.

GIL. (Lloriqueando.)
¡Jí, jí, jí!
CORO. ¿Qué es eso, Gil?
¿Llorando estás?
GIL. ¡Jí, jí, jí!
Si lo que á mí me pasa
es una atrocidad.
CORO. Basta de hacer pucheros
y cuenta la verdad.
GIL. ¡Es muy duro, muy duro!
¡Jí, jí, jí! ¡Escuchad!

PRIMERA ESTROFA.

GIL. Yo entré en mi cuarto esta mañana
como otras veces suelo entrar,

y ví á Juanito dando saltos
con sorprendente agilidad.

CORO. ¿Y eso qué tiene
de particular?

GIL. Mucho, muchísimo,
oh, sí señor,
pues de este lance
es lo peor
que estaba en cueros...
¡lo mismo que su madre le parió!

SEGUNDA ESTROFA.

GIL. Yo sé que espanta á las mujeres
el ver un hombre al natural,
pero si el hombre está sin juicio
bien se le puede perdonar.

CORO. ¿Sin juicio dices
que el pobre está?

GIL. Pues si estuviera
en su razon,
¿fuera posible
que el buen señor
bailase en cueros...
lo mismo que su madre lo parió?

—

TODOS. Cierto que espanta á las mujeres
el ver un hombre al natural,
pero si el hombre está sin juicio
bien se le puede perdonar.
Y lo que pasa
es natural,
pues si estuviera
en su razon,
no era posible
que el buen señor
bailase en cueros...
lo mismo que su madre le parió.

—

GIL. Quise distraerlo,
y él sin responder,
seguia bailando

del modo que diré.

—

Si yo al verle le decia:
—«pero qué es eso, Juanito?»
Él bailando respondia:
—«Con el vito, vito, vito
con el vito, vito, va...»
—¡Pero Juan de mis costillas
vuelve en tí, voto á San Blas!
—«No me jaga osté cosquillas
que me pongo colorá.»

—

GIL y CORO. ¡Vaya un lance peregrino,
ver un hombre tan cabal
que consuela sus pesares
dando saltos nada más.

—

Yo nunca creyera
que el bueno de Juan,
nos diera un disgusto
de tal calidad.
Bien pudo con tiempo,
como es natural,
pasarnos aviso
de la enfermedad.

HABLADO.

RAM. (Mirando hácia fuera.)
¡Allí se ve á Juan!
CORO. ¡El loco!
RAM. ¡Corramos á verlo, amigos!
(Vánse todos, ménos Gil, el Duque y Blanca que se sienta tristemente en un banco.)

ESCENA IV.

GIL, DUQUE, BLANCA.

El Duque coge á Gil y lo lleva á un extremo con mucho misterio.

GIL. (¡Con qué embajada saldrá
ahora el portuguesiño!)

DUQUE. ¡Ó campo é meu!
GIL. ¿Qué dice?
DUQUE. ¡Que é meu! (Alzando la voz.)
GIL. ¡Ya lo he comprendido!
(Que es suyo el campo, me dice,
buen chasco.) Sigue, angelito.
DUQUE. Sento no tener rivales,
pues dáime ó corazon brincos
cuando teño de sacar
á espada é pif! mato á cinco.
Mais ¡cómo ha de ser! paciencia,
estoy de nones, lo he dicho.
GIL. Conque de veras sentis
el no andar á golpe limpio?
DUQUE. ¡Puf!...
GIL. ¿Tan valiente?
DUQUE. ¿Eu? (Silba.) ¡Shis!
GIL. Vaya, me alegro muchísimo;
pues que no haya novedad,
que estoy de prisa y emigro.
(Hace que se va.)
DUQUE. (Deteniéndole.)
No hay quien se ponga diante
de un portugués ben nacido.
As mulleres... tú lo ves,
eu so l'amo en este sitio,
porque don Juan está loco,
u gobernador es mio,
tú eres tonto... ¿Quién me estorba?
GIL. ¡Nadie! (Me carga este tio.)
DUQUE. ¿Cuánto ganas nesta casa?
GIL. ¿Por qué?
DUQUE. Te vienes conmigo.
Doña Luz será mi esposa,
este es caso concluido,
antes de marchar quisiera
llevarme á Blanca...
GIL. (¡Magnífico,
este hombre las quiere á pares
y se va á quedar corrido!)
Chis, que ella puede escucharnos.
(Baja la voz.)

DUQUE. Olla, rapaz, eu so rico,
eu so un home de palabra,
y si te vienes conmigo
te haré feliz, muy feliz...
¿Te decides?

GIL. Me decido.
Yo me encargo de que Blanca
sin que pueda dar un grito
pase la frontera y caiga
en nuestros brazos.

DUQUE. Confio
en tí.

GIL. ¡Marchad descuidado!

DUQUE. (¡Castesaos, estais vencidos!)

GIL. (Verás la que te armo luego,
insigne portuguesiño.)

ESCENA V.

GIL, BLANCA.

GIL. ¿Qué es eso, Blanca, estás triste?

BLANCA. No.

GIL. (Disimula y lo siento,
pues no se olvida de Juan,
y Juan por Luz está ciego.)

BLANCA. Dime, Gil, conque está loco...
¡Quién lo creyera!

GIL. Pues ello
no era difícil, ya has visto
sus extravagancias.

BLANCA. Eso...

GIL. Aquel continuo querer
á diez mujeres á un tiempo...

BLANCA. Tambien eso...

GIL. Y abrazarlas.

BLANCA. Y no temia que el cielo...

GIL. El cielo nunca se queja
de esas cosas, es muy bueno.
(Si me declarara yo...
me parece que ya es tiempo.)
Blanca, tú estás triste.

BLANCA. ¿Y qué?
GIL. Te voy á dar un remedio:
Cásate.
BLANCA. ¿Con quién?
GIL. Conmigo.
BLANCA. ¡Qué cosas tienes!
GIL. ¡Ya veo!
BLANCA. Siempre estás de broma, Gil.
GIL. ¡No es mala broma!
BLANCA. Agradezco
el interés que te tomas...
Mira, Gil, tú eres muy bueno,
muy digno de ser amado;
yo te quiero, yo te quiero,
contigo me casaria,
¡pero, Gil, eres tan feo!
GIL. (¡Con qué inocencia lo dice!
Se lo perdono por eso.)
Hija mia, ven acá,
te voy á dar un consejo.
Has de saber que en el hombre
es hermoso lo que es feo,
porque debe ser el hombre
algo atroz, y tener nervio,
y ser muy mal encarado
para que infunda respeto.
La mujer cuando ve al hombre
por primera vez, si es feo
dice espantada: «¡Jesus!»
y se santigua; mas luego,
si le ve segunda vez,
ya se para y hace gestos
como diciendo: «¡Caramba,
no es el monstruo tan horrendo!»
Y cada dia que pasa
se le va pasando el miedo,
y al cabo de algunos meses
hasta le parece bello.
BLANCA. Pues deja que se me quite,
Gil, el miedo que te tengo;
pero á mí se me figura
que ha de pasar mucho tiempo.

COR. (Dentro.)
¿Dónde está ese mequetrefe?
Quiero hablarle.
GIL. Viene el viejo.
Retiraos, que de fijo
está rabioso.
BLANCA. Yo temo
que te castigue de veras.
GIL. Iremos ganando tiempo.

ESCENA VI.

GIL y el CORREGIDOR.

MUSICA.

COR. (Saludando con exagaracion y burlándose de Gil.)
Muy buenos dias,
señor don Gil.
GIL. (Ap., despues de contemplarle.)
(Y me saluda
con retintin.)
COR. ¡Vuestra excelencia
gobierna aquí!
GIL. (Le doy un palo
si sigue así.)
COR. Yo prisionero
y arrepentido
á vuestra alteza
audiencia pido.
GIL. Yo la concedo.
COR. ¡Oh, qué ventura!
GIL. (Me va cargando
tanta finura.)

—

COR. Vos sois aquí el corregidor,
ya lo sé yo;
vos sois aquí la autoridad,
eso es verdad;
vos sois aquí juez y señor,
de lo mejor;

representais la majestad,
con mucha sal.

GIL. (Ya quemado y tratando de imitarle.)
Vos sois aquí un pobre señor
corregidor;
vos no teneis autoridad
ni calidad;
en vez de juez, en mi opinion,
sois hombre atroz;
con que paciencia y barajar,
que esto va mal.

—

COR. Es decir qué no te enmiendas?
GIL. Sí, con una condicion.
COR. Dila al punto.
GIL. Que os digneis
olvidar lo que pasó.
COR. Una cosa te prometo,
una cosa nada más.
GIL. Pues soltadla sin rodeos.
COR. Que á los dos os he de ahorcar.
GIL. ¡Qué barbaridad!
Vos estais más loco,
más loco que Juan.
COR. ¿Qué dices?
GIL. ¡El pobre,
qué pena me da!
¡Loco rematado!
COR. ¿Si será verdad?
GIL. ¡Loco rematado,
loco, loco está!

—

COR. ¡Ay qué gracioso,
qué divertido!
Tiene correa
el perillan.
Dentro de poco,
yo le aseguro
que estas bromitas
le han de pesar.
GIL. ¡Ay qué remono,
qué divertido!

me viene el viejo
á camelar.
Pero si piensa
que he de ablandarme,
valiente chasco
le voy á dar.

ESCENA VII.

DICHOS y el DUQUE.

HABLADO.

DUQUE. Miño señor, ya los coches
estan gobernados.
COR. Bueno.
DUQUE. Y esperamos solamente
para marchar, que al momento
deis la órden.
COR. ¡No marchamos,
no marchamos, ¡vive el cielo!
hasta castigar la audacia
del que en Salamanca ha muerto
al capitan.
GIL. (No lo olvida!)
COR. Espero pronto refuerzos,
pues ya avisé á Salamanca...
En cuanto á vos, no comprendo
vuestra flema. Doña Luz
solicitada en secreto
por un hombre que confiesa
haber recibido en premio
de su amor pruebas que...
DUQUE. Non faleis, señor, en eso.
¡Pois si no estuviera loco!
¡Sal de la vaina meu ferro!
(Saca la espada.)
¿Veis, señor, cómo reluce?
Leed agora este letrero:
O terror das Indias, dice,
¡das Indias! ¡lá, muito lejos! (Silba.)
COR. Perdonad, yo no quisiera
que en las Indias vuestro esfuerzo

se emplease; lo que falta
es castigar el intento
del que llamándose amante
de Luz, os agravia.

DUQUE. Niego.
Non me agravia, porque Luz
non fa caso.

COR. Yo lo creo
tambien así, mas la honra...

GIL. Aquí se acerca.

COR. Veremos
cómo os portais, señor Duque.

DUQUE. (En grave apuro me ha puesto.)

ESCENA VIII.

DICHOS, JUAN, con el vestido en algun desórden, y fingiendo la locura.

JUAN. ¿Caballeros, habeis visto
una zagala en un viejo
que ha pasado por aquí
á caballo en un camello?

DUQUE. ¿El viejo á caballo?

JUAN. No;
la doncella.

DUQUE. ¿Sobre el viejo?

JUAN. En el camello.

COR. ¿Y el otro?

JUAN. Debajo.

COR. ¿Debajo de ellos?

JUAN. Con ella.

COR. ¿Y ella á caballo?

JUAN. Quien va á caballo es el viejo.

COR. ¿Con ella?

JUAN, Con el caballo.

COR. ¿Y ella va?...

JUAN. Sobre el camello.

COR. ¿Y el viejo?

JUAN. El viejo á caballo.

COR. Pues, señor, no lo comprendo;
ni sé cuál iba á caballo,

ni sé cuál iba á camello.

JUAN. Es la princesa Rubiaski,
y yo soy el rey Rubiesko;
por ella, desde la córte,
descalzo y desnudo vengo.

COR. (¿Desnudo? Lo disimula.)

JUAN. Vos me direis, caballeros,
dónde está, yo os haré grandes...

GIL. (Borricos.)

JUAN. Si vuestro esfuerzo
á recobrarla me ayuda.
Conque decid, ya os espero...
La princesa está muy cerca,
y aquí la aguarda el camello;
(Por el Duque.)
este, el mozo que lo guia;
(Por el Corregidor.)
yo monto con ella, y ¡fuego!
He dicho: voy á buscar
á la princesa. (Hace que se va.)

GIL. Bien hecho.
(¡Qué bien finge!)

DUQUE. (Al Corregidor.) ¿Lo habeis visto?
¡Rematado! Eu non puedo
batirme con un demente.

JUAN. (Volviendo.)
¿Qué decis vos, caballero?
Ved mis manos que se agarran
á vuestra garganta.

DUQUE. ¡Cielos!

JUAN. Perdonad, no era con vos...
sigo mi camino... vuelvo... (Váse.)
no, me voy... no... sí...

GIL. (Al Corregidor.) Ya veis,
no tiene el pobre remedio.

COR. (¿Estará loco de veras?
Yo he de averiguarlo presto.) (Váse.)

ESCENA IX.

GIL y DUQUE.

DUQUE. ¿É tú fizeste meu un encargo?

GIL. Á medida del deseo.
Blanca ha caido en la red,
y os sigue como un cordero.
Yo la llevaré encubierta
al coche, y una vez dentro
salis con ella al escape...
¡Que no lo descubra el viejo!
Id, y esperad allá fuera.
(Váse el Duque por la derecha.)

ESCENA X.

GIL, DOÑA LUZ y BEREMUNDA.

LUZ. ¿Qué horrible desgracia es esta,
Gil, me quieres explicar?
GIL. Juan está loco de atar.
LUZ. Es mentira manifiesta.
GIL. Señora, lo digo yo,
que acabo de verlo ahora;
ó él está loco, señora,
ó lo estoy yo.
LUZ. ¡Eso no!
¡Si yo le viera, si al ménos
le pudiera consolar!
(Retirándose á la izquierda.)
GIL. (Ap. á Beremunda.)
¡Oiga! ¿Me quiere escuchar?
Un regalo, y de los buenos,
me han dejado para vos.
BEREM. ¡Líbreme el Señor, amen,
de aceptarlo!
GIL. Está muy bien.
BEREM. Mas decid, acá internós,
¿es cosa rica?
GIL. ¡Un tesoro!
BEREM. ¡Dios me libre!... ¿Y quién lo da?
GIL. Todo un caballero...
BEREM. ¡Ah!
GIL. Que os va á hacer pesar en oro.
BEREM. Peso mucho, como veis.
GIL. Me hago cargo, sin cargar

con vos. ¿Le quereis hablar?
Venid y os convencereis.

BEREM. ¿Y dónde?

GIL. Con disimulo
seguidme, que yo os prometo...
(¡No hay más remedio, ó la meto
en el coche ó la estrangulo!)
(Salen por la derecha sin que lo note Luz.)

ESCENA XI.

LUZ y BLANCA.

BLANCA. ¿Sois vos, señora? Furioso
dicen que Juan viene ahí...
¿Qué haceis?

LUZ. Esperarle aquí.

BLANCA. ¿Y si se irrita?

LUZ. Es forzoso,
pues me quiero convencer
por mí misma.

BLANCA. ¡Tengo miedo!

VOZ. (Fuera.) ¡Allá va el loco!

LUZ. (Con resolucion.) ¡Me quedo!

BLANCA. Yo tambien. ¿Qué me ha de hacer?

ESCENA XII.

LUZ, BLANCA y D. JUAN.

Don Juan, despues de dar algunos pasos por la escena, mira á uno y otro lado con ojos extraviados, Luz y Blanca siguen sus menores movimientos.

MUSICA.

JUAN. ¿Dónde está? Si le encuentro,
sin apiadarme de él,
le pongo cuál pusieron
á San Bartolomé.
¿Dónde está, dónde está?

LUZ y BL. ¿Á quién buscará?

JUAN. ¡Eres tú? (Fijándose en Blanca.)
BLANCA. No lo sé.
JUAN. ¡Si eres tú, vive Dios,
qué muerte te daré!
BLANCA. ¡Ay! (Retrocediendo con un grito.)
JUAN. No, no eres tú.
(Por Luz.)
Tampoco es esta.
LUZ. ¿Nó?
JUAN. ¡Yo voy buscando un alma
que ayer se me perdió!
LUZ y BL. Perdido para siempre
el pobre mozo está.

—

JUAN. (Poniéndose en medio.)
Yo adoré una mariposa
inconstante como hermosa,
la busqué de flor en flor,
y la ingrata me burló.
LUZ y BL. Si la linda mariposa,
inconstante como hermosa,
de este próximo soy yo,
solo sé que no voló.
JUAN. Mas si yo á encontrarla llego
le daré un abrazo ciego,
y otro luego y otro así, (Abrazándolas.)
exclamando: soy feliz.
(Juan pasa á la derecha.)
LUZ y BL. Este exceso de locura
le perdona el alma pura,
pues le dejo obrar así
por piedad al infeliz.

—

JUAN. Oid, acercaos, (Llamándolas con misterio.)
¿sabeis quién soy yo?
LUZ. Sois un estudiante.
BLANCA. Sois un labrador.
JUAN. No, mentís infames, (Poniéndose en medio.)
soy emperador,
mi cuna es el Asia,
mi padre fué el sol.
LUZ y BL. (Vaya un parentesco.)

JUAN. No olvideis las dos
que yo soy de fuego...
como mi antecesor.
LUZ. Lo tendré presente.
BLANCA. Tambien yo.

Á UN TIEMPO.

JUAN. Fuego de amores
mi pecho inflama,
y en esta llama
me siento arder.
Si amante pecho
por mí se agita,
tiembla y palpita
todo mi ser.
LUZ y BL. No está tan loco (Las dos á la derecha.)
por lo que veo,
pues yo deseo
lo mismo que él.
Si amor tan solo
su afan provoca,
yo tambien loca
me he de volver.

HABLADO.

JUAN. (Pues señor, bueno, siga la danza,
y ya veremos lo que se alcanza.
Aquí con este par de cri aturas
no desagradan ciertas locuras.)
LUZ. ¿Qué dice?
JUAN. Nada, que estás muy bella;
llégate y dime si tú eres ella.
BLANCA. ¡Hola, parece que es razonable!
JUAN. Pues ni aun comprendo lo que me digo.
LUZ. Pues que se explique.
BLANCA. Que el loco hable.
JUAN. Bien; escuchadme, que ya prosigo.
(Á Blanca.)
Vos sois hermosa, pero sencilla;
por estas gracias, ¿quién no se humilla

diciendo: ¡niña, por tí me muero!
Mas no te fies del marrullero,
que el hombre busca lo que le agrada,
y de la vida por el sendero
pasa, ve el árbol de frutos de oro,
la mano extiende, coge el tesoro,
y sigue, y huye, y atrás no mira,
ni oye las quejas de quien suspira.
¡Guárdate, niña, del hombre osado,
que amor es fruto muy codiciado!

BLANCA. Tristes presagios de oiros toco.

JUAN. Pues es lo cierto; lo dice el loco.
(Á LUZ.)
Vos, altanera, noble y hermosa,
daros un alma plugo á la suerte,
quizás ardiente, quizás celosa,
pero que causa de amor la muerte.

LUZ. ¿Cómo?

JUAN. (Olvidándose por grados de su papel de loco.)
Os he visto, por dar enojos
al que en las niñas de vuestros ojos
buscó su dicha, tender la mano
á un extranjero necio y liviano;
darle promesa de casamiento,
palabras vanas que lleva el viento,
mas que revelan un alma dura,
ingrata, aleve, falsa, perjura;
oir requiebros, dar esperanza,
y para colmo de torpe agravio,
débil al ruego que el pecho lanza,
sentir el beso de extraño labio.

LUZ. ¡Eso es locura, mi honor invoco!

JUAN. (Haciendo una transicion para reconcentrarse en su papel de loco.)
¡Pues justamente, si soy un loco!
¿Quién hace caso de lo que digo?
Si divertiros quereis conmigo,
mandar que siga, diré dislates,
grandes locuras y disparates;
y entre la inútil algarabia
algunas frases del alma mia.
Porque yo he sido galan que amaba

allá en los tiempos en que era cuerdo,
¡yo que buscaba, yo que alentaba,
yo que soñaba con un recuerdo!

LUZ. Mas ¿qué locura te agita el alma
que tus sentidos turba y mi calma,
sin que mi oido tu voz entienda
cual otros tiempos, ni te comprenda;
sin que tus frases me den consuelo,
yo que entrevia de amor un cielo,
yo que de lejos siempre te amaba,
y hoy al pensarlo la mente pierdo;
¡yo que buscaba, yo que alentaba,
yo que soñaba con tu recuerdo!

JUAN. ¡Tu amor es falso!

LUZ. Y el tuyo mata.

JUAN. ¡Calla, perjura!

LUZ. ¡Traidor!

JUAN. ¡Ingrata!

BLANCA. (Poniéndose por medio.)
Basta de voces y de locura,
pues adivino por lo que escucho
que al recordarle cierta aventura
tórnase el loco galan muy ducho.
Basta de insulto, nada de injurias,
porque al miraros hechos dos furias,
dábame miedo pensar que puede
decir quien ama lo que no debe.
Seguid amándoos enhorabuena
ya que os iguala la misma cuna,
yo vuestra dicha miro sin pena
y al cielo pido vuestra fortuna.
Si pasajera ilusion de amores
turbó mi calma, lo olvido ahora.
Mi casa es vuestra.—Nobles señores,
bésaos la mano la labradora.
(Entra en la granja.)

JUAN. Ha comprendido que mi locura
nace tan solo de tu hermosura.
¿Lo ves? Tus celos se desvanecen.

LUZ. Mas mis temores en cambio crecen.
¡Escapa pronto, salva tu vida,
que aquí se encuentra comprometida.

JUAN. ¡Sin tí, imposible!
LUZ. ¡Pero repara
el hondo abismo que nos separa!...

ESCENA XIV.

DOÑA LUZ, JUAN y GIL.

GIL. Juan.
JUAN. Habla delante de ella,
que de todo se ha enterado.
GIL. Toda la correspondencia
del Corregidor te traigo,
cartas, pliegos; es preciso
que lo que encierra sepamos.
JUAN. ¡Eso no!
GIL. ¿Por qué?
JUAN. ¡Violar
el secreto más sagrado!
¡Eso nunca!
GIL. ¿Mas si trae
cosa de tu vida en daño?...
JUAN. ¡Paciencia! Puede una broma
disculpar amor tirano,
pero una infamia jamás!
Corre á entregar en el acto
esas cartas á su dueño.

ESCENA XV.

DICHOS y el CORREGIDOR.

COR. Dicen que el Duque ha marchado...
¡Imposible! Yo he de ver...
LUZ. Por Dios, señor, no hagais caso...
GIL. Un propio de Salamanca
ha poco estos pliegos trajo.
COR. Dadme acá.
GIL. (Ap. á Juan.) Si te reclama
la justicia, la entregamos.
COR. (¡Calla, calla! ¡Vaya un lance! (Leyendo.)
¡No me atrevia á esperarlo!)

GIL. (Ya pareció.)
COR. (Ap. mirando á Juan.) Mas si el pobre
está loco rematado,
será imposible exigirle...
GIL. (Ap. á Juan)
No te escapas.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, el DUQUE y CORO.

DUQUE. ¡Voto al diablo!
Que me ha burlado ese mozo,
mas ya conocí mi engaño,
y pido perdon á Luz,
y le ofrezco mis dos manos.
COR. (Atajándole.)
Es tarde. Oid esta carta.
DUQUE. Á ver.
COR. «*Salamanca tantos...*
»Aquí os mandé, en lugar mio,
»á veros un capitan,
»y de mi hermana el galan
»matóle en un desafio.
»Aconsejad al doncel,
»si de valiente se ufana,
»que ó se casa con mi hermana
»ó voy yo y le mato á él.
»Esto aconseja el honor,
»decidle la verdad franca,
»y os espera en Salamanca
»vuestro humilde servidor.»
JUAN. Señor, fuera el fingimiento,
el muerto no es el hermano
de Luz, y puedo ya ufano
mostraros mi sentimiento.
Y pues la suerte es propicia,
aquí ofrecer á Luz quiero
mi mano de caballero,
y mi nombre á la justicia.
COR. Cumplís como hombre de honor,
y pues su hermano lo ordena,

pronto la dulce cadena
estrechará vuestro amor.

DUQUE. ¿Yo quedar con este ultraje?

COR. Vos quedais, y no es muy mal,
camino de Portugal,
con que seguid el viaje.

JUAN. Y si esto un grito os arranca
y aquí no quereis reñir,
podeis conmigo venir
á reñir á Salamanca.

MUSICA.

JUAN y LUZ. (Con el aire de la estudiantina del primer acto.)
El suspiro que sale del alma
te dice sin pena
cantando mi amor.

FIN DE LA ZARZUELA.

Examinada esta linda zarzuela, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 2 de Noviembre de 1867.

El Censor de Teatros,
NARCISO S. SERRA.

La segunda cenicienta.
La perrcuna.
La choza del almadreno.
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento.
La agenda de Correlargo.
La cruz de oro.
La caja del regimiento.
Las sisas de mi mujer.
Llueven hijos.
Las dos madres.
La hija del Rey René.
Los extremos.
La frutera de Murillo.
La cantinera.
La venganza de Catana.
La marquesita.
La novela de la vida.
La torre de Garah.
La nave sin piloto.
Los amigos.
La judía en el campamento, ó glorias de Africa.
Los criados.
Los caballeros de la niebla.
La escala de matrimonio.
La torre de Babel.
La caza del gallo.
La desobediencia.
La buena alhaja.
La niña mimada.
Los maridos (refundida.)
Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.
Marta y María.
Madrid en 1813.
Madrid á vista de pájaro.
Miel sobre hojuelas.
Mártires de Polonia.
Martell ó la Emparedada.
Miserias de aldea.
Mi mujer y el primo.
Negro y blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es todo oro lo que reluce.
No lo quiero saber.
Nativa.
Olimpia.
Propósito de enmienda.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pecados veniales.
Premio y castigo, ó la conquista de Ronda.
Por una pension.
Para dos perdices, dos.
Préstamos sobre la honra.
Para mentir las mujeres.
¿Que convido al Coronell...?
Quien mucho abarca.
¡Que suerte la mia!
¿Quién es el autor?
¿Quién es el padre?
Rebeca.
Ribal y amigo.
Rosita.
Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro (*Patron de Madrid.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sobresaltos de un marido.
Si la mula fuera buena.
Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.
Torbellino.
Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retratro á quemarropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un sí y un no.
Una lagrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!
Un marido cogido por los cabellos.
Un estudiante novel.
Un hombre del siglo.
Un viejo pollo.
Ver y no ver.
Zamarrilla, ó los bandidos de la Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.
Armas de buena ley.
Cual mas feo.
Ardides y cuchilladas.
Claveyina la Gitana.
Cupido y Marte.
Cerro y Flora.
D. Sisenando.
Doña Mariquita.
Don Crisanto, ó el Alcalde proveedor.
Don Pascual.
El Bachiller.
El doctrino.
El ensayo de una ópera.
El calesero y la maja.
El perro del hortelano.
En cenita y en Marruecos.
El leon en la ratonera.
Enredos de carnaval.
El delirio (drama lírico.)
El Postillon de la Rioja (*Música.*)
El vizconde de Letorieres.
El mundo á escape.
El capitan español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.
El colegial.
El último mono.
El primer vuelo de un pollo.
Entre Pinto y Valdemoro.
El magnetismo... ¡animal!
El califa de la calle Mayor.
En las astas del toro.
El mundo nuevo.
El hijo de D. José.
Entre mi mujer y el primo.
El noveno mandamiento.
El juicio final.
El gorro negro.
El hijo del Lavapies.
El amor por los cabellos.
El mudo.
El Paraiso en Madrid.
El elixir de amor.
El sueño del pescador.
Giralda.
Harry el Diablo.
Juan Lanas. (*Música.*)
Jacinto.
La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música.*)
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiata.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estatua encantada.
Los jardines del Buen retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
La Jardinera. (*Música.*)
La toma de Tetuan.
La cruz del valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.
La pupila.
Los pecados capitales.
La gitanilla.
La artista.
La casa roja.
Los piratas.
La señora del sombrero.
La mina de oro.
Mateo y Matea.
Moreto. (*Música.*)
Mati de y Malek-Adhel.
Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.
Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo.
Peluquere y marqués.
Pablo y Virginia.
Retrato y original.
Tal para cual.
Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.
Un marido por apuesta.
Un quinto y un sustituto.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.	S. Ruiz.
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcoy.	J. Martí.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	Viuda de Ibarra.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almería.	M. Alvarez.
Andújar.	D. Caracuel.
Antequera.	J. A. de Palma.
Aranjuez.	D. Santisteban.
Avila.	S. Lopez.
Aviles.	E. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	J. R. Segura.
Barbastro.	G. Corrales.
Barcelona.	A. Saavedra, Viuda de Bartumeus y I Cerdá.
Bejar.	P. Lopez Coron
Bilbao.	E. Deluas.
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cabra.	B. Montoya.
Cáceres.	J. Valiente.
Cádiz.	V. Morillas y Compañia.
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	F. Maria Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	J. M. Eguiluz.
Carolina.	E. Torres.
Cartagena.	J. Pedreño.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	L. Ocharán.
Ceuta.	M. Garcia de la Torre.
Ciudad-Real.	P. Acosta
Córdoba.	M. Muñoz, F. Lozano y M Garcia Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	M. Mariana.
Ecija.	J. Giuli.
Ferrol.	N, Taxonera.
Figueras.	M. Alegret
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y J. M. Zamora.
Guadalajara.	R. Onana.
Habana.	M. Lopez y Compañia.
Haro.	P Quintana.
Huelva.	J. P. Osorno:
Huesca.	R. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Jativa.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	F. Alvarez de *Sevilla.*
Las Palmas (Canarias)	J. Urquia.
Leon.	Miñon Hermano.
Lerida.	J. Sol é hijo.
Linares.	R. Carrasco.
Logroño.	P. Brieba.
Lorca.	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vinent.
Malaga.	J. G Taboadela y F. de Moya
Manila (Filipinas).	A. Olona.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla.	D, Santolalla.
Murcia.	T. Guerra y Herederos de Andrion.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alvarez.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Hijos de Gutierrez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert,
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Pontevedra.	J. Bucetta Solla y Comp.
Priego (Cordoba.)	J. de la Cámara.
Puerto de Sta. Maria.	J. Valderrama.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. Prius.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	Viuda de Gutierrez,
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	R. Martinez.
S. Ildefonso (La Granja)	J. Aldrete.
Santúcar.	J. de Oña.
San Sebastian.	A. Garraida
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina y F Hernandez.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Ferez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	V Font.
Teruel.	F. Baquedano.
Toledo.	J. Hernandez.
Toro.	L. Poblacion.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu
Tuy.	M. Martinez de la Cruz.
Ubeda.	T. Perez.
Valencia.	I, Garcia, F Navarro y J. Mariana y Sanz.
Valladolid.	D. Jover y H. de Rodrigz.
Vich.	Soler, Hermanos.
Vigo.	M. Fernández Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	A Juan.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	V. Fuertes,
Zaragoza.	L Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia.

MADRID.

Librerias de la Viuda é Hijos de Cuesta, y de Moya y Plaza, calle de Carretas; de A. Duran, Carrera de San Gerónimo; de L Lopez, calle del Cármen, y de M. Escribano, calle del Príncipe.